



PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA DE LA *DOMUS SANCTAE MARTAE*



Introducción.

Abril 2013.

Mayo 2013.

Junio 2013.

Julio 2013.

Introducción.

A diario la santa misa con el Pontífice en la Domus Sanctae Marthae.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 13, viernes 29 de marzo de 2013

Una celebración sencilla cada día en la capilla de la *Domus Sanctae Marthae* desde el **viernes 22 de marzo**, donde grupos de invitados del Papa Francisco participan en la misa que preside a las 7 de la mañana.

Sus homilías son breves, también sencillas, casi desmenuzando el Evangelio, reflexionando sobre las lecturas. Recordando que cuando nuestro corazón es de piedra, tomamos en mano piedras de verdad y lapidamos a Jesucristo en las personas de nuestros hermanos, especialmente los más débiles. En otra homilía recalcó que Jesús murió por cada hombre singularmente. Cada cristiano debe decir: «Cristo murió por mí», y de la conciencia de este amor debería nacer un agradecimiento tan profundo y apasionado que podría transformarse en lágrimas de alegría en el rostro de cada fiel. Otro día el Papa se centró en la paciencia de Dios como el padre del hijo pródigo que todos los días esperaba su regreso. Protagonista de la siguiente homilía fue la belleza del perdón, cuya dulzura invitó a saborear abriendo el corazón; la misma dulzura que expresó la mirada de Cristo dirigida a Pedro, quien le había negado. Y la víspera del Triduo pascual no dudó en afirmar que «hablar mal de alguien equivale a venderlo», como hizo Judas.

Los primeros invitados a la misa cotidiana fueron los encargados del servicio de jardinería y limpieza urbana de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano y tres comunidades religiosas femeninas que desempeñan su misión en la Ciudad del Vaticano: las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, del dispensario pediátrico de Santa Marta; las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María – Instituto Ravasco, de la Casa de San Benito para los nuncios retirados; y las Hermanas de la Presentación de María en el Templo (de Cracovia), del almacén privado del Santo Padre. En días sucesivos participaron en la Eucaristía, entre otros, algunos empleados del invernadero, religiosas Pías Discípulas del Divin Maestro que prestan servicio en la central telefónica de la Ciudad del Vaticano, las religiosas de la *Domus*, el secretario de la Comisión pontificia para América Latina, Guzmán Carriquiry, el servicio fotográfico de nuestro periódico con el director general don Sergio Pellini y el de nuestro periódico. En cambio el Martes Santo el Papa Francisco concelebró con los sacerdotes que residen habitualmente en la *Domus* —que la víspera habían regresado a sus habitaciones después de las semanas que las cedieron a los cardenales llegados a Roma para el cónclave—: unos cuarenta, entre oficiales de la Secretaría de Estado y otros organismos y dicasterios; con ellos también los arzobispos Acerbi, Prabhu y Travaglino, nuncios apostólicos. Una familia sacerdotal —en cuya casa sigue residiendo— de la que el Papa dijo sentirse parte. Entre los fieles se contaron algunas hermanas del Instituto

Secular de Schoenstatt residentes en Roma. Y en la celebración eucarística previa al Triduo Pascual acompañó al Santo Padre un grupo de la Limosnería apostólica y otro del Servicio de teléfonos vaticanos, acompañados respectivamente por el limosnero de Su Santidad, el arzobispo Pozzo, y por el director de las Telecomunicaciones, el padre Vérgez, quienes concelebraron. En diversas ocasiones han concelebrado también con el Papa el cardenal Raúl Eduardo Vela Chiriboga, arzobispo emérito de Quito (Ecuador), el arzobispo Lorenzo Baldisseri, secretario del Colegio cardenalicio y de la Congregación para los obispos, y los monseñores Xuereb, de la secretaría particular, y Ricca, director de la Casa de Santa Marta.

A diario, en la capilla de la Domus, al final de la santa misa, el Papa Francisco se recoge en oración entre los fieles, en los últimos bancos. Y a cada uno saluda antes del trabajo cotidiano.

Abril 2013.

Del 2 abril al 11 de abril de 2013. **Mujeres y hombres de esperanza.**

Del 12 de abril al 18 de abril de 2013. **Tiempo de testimonio.**

Del 19 de abril al 25 de abril de 2013. **En una historia de amor.**

Del 26 de abril al 1 de mayo de 2013. **La fe, camino de belleza y verdad.**

Del 2 abril al 11 de abril de 2013. Mujeres y hombres de esperanza.

Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 15, viernes 12 de abril de 2013

Es una gracia especial que el Papa Francisco invita a pedir: la gracia de las lágrimas. Porque «son precisamente las lágrimas las que nos preparan para ver a Jesús». Son palabras suyas del **2 de abril** durante la misa celebrada en la capilla de la Domus Sanctae Marthae —donde reside, en el Vaticano—. Cada día, a las 7 de la mañana, ya es costumbre que en esta Eucaristía participe un grupo de empleados del Vaticano y un pequeño número de invitados, y concelebran algunos sacerdotes, obispos o cardenales. Al término de la celebración, el Pontífice se detiene a saludar y conocer a cada uno.

Comentando el episodio del Evangelio del martes de la Octava de Pascua, cuando san Juan refiere la frase de María de Magdala: «¡He visto al Señor!» después de haberle lavado los pies con sus lágrimas y secado con sus cabellos (*Jn 20, 11-18*), el Papa Francisco recordó que Jesús perdonó los pecados de esta mujer, porque ella «amó mucho». De este modo, volvió a proponer el testimonio de quien era «despreciada por aquellos que se consideraban justos»; sin embargo «no dice "he fracasado"». «Sencillamente llora». «Hay un momento en nuestra vida —explicó el Papa— en el que sólo las lágrimas nos preparan para ver a Jesús. ¿Cuál es el mensaje de esta mujer? «He visto al Señor».

Sobre otra cuestión quiso poner en guardia el Papa Francisco el **3 de abril**: los lamentos hacen daño al corazón. No sólo aquellos contra los demás, «sino también aquellos contra nosotros mismos, cuando todo se nos presenta amargo». Centrándose en el episodio de los discípulos de Emaús (*Lc 24, 13-35*), habló del desfallecimiento de estos por la muerte del Maestro. En su corazón pensaban: «Nosotros habíamos tenido tanta esperanza, pero todo fracasó»; «pienso muchas veces —reflexionó el Santo Padre— que igualmente nosotros, cuando suceden cosas difíciles, también cuando nos visita la Cruz, corremos este peligro de encerrarnos en los lamentos». Sin embargo, en ese momento el Señor «está cerca de nosotros, pero no le reconocemos. Camina con nosotros, pero no le reconocemos. Incluso nos habla, pero no le oímos». E invitó: «Estemos seguros de que el Señor nunca nos abandona: siempre está con nosotros, también en el momento difícil. Y no busquemos refugio en los lamentos: nos hacen daño al corazón».

Al día siguiente, **4 de abril**, exhortó a pedir un don de Dios: la paz. El Papa partió del «estupor» de los discípulos de Emaús ante los milagros de Jesús (*Lc 24, 35-48*). Se trata de un estupor fruto de la alegría del encuentro con Jesucristo. La paz es como «el último peldaño de esta consolación espiritual, que comienza con el estupor de alegría», sintetizó.

Y es que sólo en el nombre de Jesús está nuestra salvación, insistió el Pontífice

en su reflexión del **5 de abril**. En la lectura de los *Hechos de los Apóstoles* (4, 1-12), se recordó a Pedro y Juan que, arrestados por predicar al pueblo la Resurrección del Cristo, fueron llevados ante el Sanedrín. Al preguntarles por qué curaron al hombre tullido junto a la puerta del Templo, Pedro responde: «Ha sido el Nombre de Jesucristo Nazareno». En el nombre de Jesús —repitió el Papa—: «Él es el Salvador; cuando uno dice Jesús es precisamente Él, es decir, el que hace milagros. Y este nombre nos acompaña en el corazón». «No es recurriendo a magos o al tarot como se encuentra la salvación: la salvación está «en el nombre de Jesús. Y debemos dar testimonio de esto. Él es el único Salvador».

Precisamente de la valentía del testimonio de la fe —que no se negocia ni se vende al mejor postor— habló el Papa Francisco en su homilía del **sábado 6**, constatando que «para encontrar mártires no es necesario ir a las catacumbas o al Coliseo: los mártires están vivos ahora, en muchos países. Los cristianos son perseguidos por la fe. En algunos países no pueden llevar la cruz: son castigados si lo hacen. Hoy, en el siglo XXI, nuestra Iglesia es una Iglesia de mártires». Ante la orden de los sumos sacerdotes y fariseos de no hablar de Jesús (*Hch* 4, 13-21) —retomó el Santo Padre—, Pedro y Juan «permanecieron firmes en esta fe» diciendo: «Nosotros no podemos callar lo que hemos visto y oído». De hecho, «cuando comenzamos a rebajar la fe, a negociar la fe, un poco vendiéndola al mejor postor, comenzamos el camino de la apostasía, de la no fidelidad al Señor», alertó. «El ejemplo de Pedro y de Juan nos ayuda y da la fuerza». Y ésta es la oración cotidiana que propuso: «Señor, muchas gracias por la fe. Protege mi fe, hazla crecer. Que mi fe sea fuerte, valerosa. Ayúdame en los momentos en que, como Pedro y Juan, debo hacerla pública. Dame valor».

Toda la historia de la fe está hecha de humildad y nos «habla a todos nosotros de humildad», recordó el Pontífice el **8 de abril**. De hecho, la humildad es «la regla de oro»: para el cristiano «progresar» quiere decir «abajarse». Y así es también el hecho histórico del nacimiento de Jesús. Cada acontecimiento «parece que Dios hubiera querido que se realizara escondidamente, que no fuera hecho público», que estuviera como «cubierto por la sombra del Espíritu Santo». He aquí por qué —añadió— «todo se hace por el camino de la humildad. Dios, humilde, se abaja: viene a nosotros y se abaja. Y seguirá abajándose hasta la cruz». En el momento de la anunciación —meditó el Papa Francisco— también «María se abaja: no comprende bien, pero es libre: entiende sólo lo esencial. Y dice "sí". Es humilde» y «entrega su alma a la voluntad de Dios».

En el itinerario de sus homilías, el **9 de abril** el Pontífice trató el camino de la mansedumbre evangélica para dar al Espíritu la posibilidad de regenerarnos a una «vida nueva», hecha de unidad y de amor. «En la primera lectura —dijo el Papa Francisco comentando el pasaje de los *Hechos de los Apóstoles* (4, 31-37) de la liturgia del día— tenemos como un anticipo, un anticipo de aquello que

será la “vida nueva”». La multitud de los que se habían convertido en creyentes tenía un solo corazón y una sola alma», «esa unidad, esa unanimidad, esa armonía de los sentimientos en el amor, el amor mutuo». «Pidamos la gracia» —propuso— de «no juzgar a nadie», tratando de «ser caritativos unos con otros», «respetuosos», dejando con mansedumbre «el lugar al otro».

Al comentar la oración colecta de la misa del **día 10**, el Pontífice puso de relieve lo que se dice al Señor: «Tú en la Pascua has hecho dos cosas: has restablecido al hombre en su dignidad perdida». Y, en consecuencia, le «has dado esperanza». Esta —explicó— «es la salvación. El Señor nos da la dignidad que hemos perdido. Aquella dignidad de hijos restablece la dignidad, y también nos da la esperanza. Una dignidad que sigue adelante, hasta el encuentro definitivo con Él». «Somos dignos, somos mujeres y hombres de esperanza», reafirmó. Hay ocasiones en que nos hacemos la ilusión de «salvarnos con la vanidad, con el orgullo», creyéndonos «poderosos», enmascarando «nuestra pobreza, nuestros pecados con la vanidad, el orgullo»: todas estas cosas se acaban, mientras que la salvación verdadera tiene relación con la dignidad y la esperanza recibidas gracias al amor de Dios —añadió, refiriéndose al Evangelio de *Juan* (3, 16-21)— que envió a su Hijo para salvarnos.

Y es fundamental ser conscientes de que Dios no puede ser objeto de negociaciones, advirtió el Papa Francisco el **11 de abril**; la fe no prevé la posibilidad de ser «tibios», buscando, con «una doble vida», llegar a una componenda con el mundo. Pedro dice ante el Sanedrín: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (*Hch* 5, 27-33). ¿Qué significa «obedecer a Dios? —se preguntó el Pontífice—. ¿Significa que nosotros debemos ser como esclavos, todos atados? No, porque precisamente quien obedece a Dios es libre, no es esclavo. Y no es una contradicción». En efecto, «obedecer viene del latín, y significa escuchar, escuchar al otro. Obedecer a Dios es escuchar a Dios, tener el corazón abierto para ir por el camino que Dios nos indica. La obediencia a Dios es escuchar a Dios. Y esto nos hace libres». «En este momento, lo he dicho, tenemos tantas hermanas y tantos hermanos que por obedecer, oír, escuchar lo que Jesús les pide son perseguidos —señaló el Santo Padre—. Recordemos siempre que estos hermanos y hermanas han puesto la carne en el asador y nos dicen con su vida: “Yo quiero obedecer, ir por el camino que Jesús me dice”». «¿Dónde tenemos la ayuda para ir por el camino de la escucha de Jesús? —se preguntó—. En el Espíritu Santo» «que Dios ha dado a quienes le obedecen».

Del 12 de abril al 18 de abril de 2013. Tiempo de testimonio.

Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 16, viernes 19 de abril de 2013

Las «fantasías triunfalistas» son «una gran tentación en la vida cristiana». Pero Dios «no hace como un hada con la varita mágica», que puede salvar al hombre en un instante; más bien se sirve del camino de la perseverancia, porque «nos salva en el tiempo y en la historia», en el «camino de todos los días». Esta fue la reflexión del Papa durante la misa celebrada el **12 de abril**, como cada mañana a las 7, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae, donde reside. Celebraciones eucarísticas cotidianas en las que participan empleados del Vaticano y otros invitados y que concelebran sacerdotes, obispos y cardenales, residentes en Roma o en visita.

Partiendo del pasaje de los Hechos de los apóstoles (5, 34-42), el Papa hizo hincapié en una realidad de la vida espiritual: «Dios nos salva en el tiempo, no en el momento. Algunas veces hace milagros, pero en la vida común nos salva en el tiempo». Ciertamente el Señor viene a nuestra vida y nos cambia. «Esas son las conversiones. Pero este camino debe hacer historia». El Señor, por lo tanto, «nos salva en la historia: en nuestra historia personal». Él «da la gracia y dice, como decía a todos aquellos a quienes Él curaba: "Anda, camina". Lo dice también a nosotros: "Camina en tu vida, da testimonio de todo aquello que el Señor hace con nosotros"».

Es necesario huir entonces de «una gran tentación en la vida cristiana, la tentación del triunfalismo», «creer que en un momento se puede hacer todo. No, en un momento comienza: existe una gracia grande, pero debemos ir por el camino de la vida». «El triunfalismo —explicó el Papa— no es del Señor. El Señor entró humildemente en la tierra. Hizo su vida durante treinta años, creció como un niño normal, pasó por la prueba del trabajo, incluso por la prueba de la cruz. Y luego, al final, resucitó. El Señor nos enseña que en la vida no todo es mágico, que el triunfalismo no es cristiano».

Y así, en el camino personal, para resolver los problemas de la vida es necesario mirar a la realidad de frente, preparados, como el portero de un equipo de fútbol, para detener el balón desde donde llegue. Sin ceder al miedo o a la tentación de los lamentos, porque Jesús está siempre junto a cada hombre, sobre todo en los momentos más difíciles. En su homilía el **13 de abril** el Santo Padre se detuvo en el pasaje de los Hechos de los apóstoles (6, 1-7) en el que «hay una parte de la historia de los primeros días de la Iglesia, que crecía, aumentaba el número de los discípulos», pero «en este momento comienzan los problemas». En efecto, «los de lengua griega murmuraban contra los de lengua hebrea» porque en la asistencia cotidiana se desatendían a las viudas. «La vida —prosiguió— no es siempre tranquila y bella» y «la primera cosa que hacen es murmurar, criticar uno contra el otro».

En cambio «los apóstoles, con la asistencia del Espíritu, reaccionaron bien. Convocaron al grupo de los discípulos y dialogaron. Es el primer paso: cuando hay dificultades, es necesario mirarlas bien, considerarlas y hablar de ellas». Es «en cierto sentido —dijo el Papa Francisco recurriendo a una metáfora eficaz y apreciada por él— como el portero del equipo, ¿no?, que recibe el balón de donde venga. Esta es la realidad». Los apóstoles, por lo tanto, «hablaron entre ellos e hicieron una bella propuesta, una propuesta revolucionaria, porque dijeron: “Nosotros somos los apóstoles, los que eligió Jesús”. Pero esto no es suficiente. Se dieron cuenta de que su primer deber era la oración y el servicio de la Palabra. “Y para la asistencia cotidiana a la viudas, debemos hacer otra cosa”». Así «decidieron crear a los diáconos». «Tomaron la decisión y el final fue muy feliz: «Y la Palabra de Dios se difundía y el número de los discípulos en Jerusalén se multiplicaba grandemente». Es bello. Cuando hay problemas, es necesario afrontarlos y el Señor nos ayudará a resolverlos».

«No tengáis miedo, soy yo»: «Esa es la palabra de Jesús, siempre —insistió el Papa—: en las dificultades, en los momentos en que todo es oscuro y no sabemos qué tenemos que hacer, también cuando en nuestra alma hay oscuridad. No tengamos miedo a las dificultades, no tengamos miedo cuando nuestro corazón está triste, sombrío. Afrontemos las cosas como se presentan, con el Espíritu del Señor y la ayuda del Espíritu Santo».

Y una de las pruebas que pueden presentarse es la calumnia. Es hija del «padre de la mentira» y quiere aniquilar al hombre, alejándolo de Dios. La calumnia es tan antigua como el mundo y de ella ya se encuentra referencia en el Antiguo Testamento. Basta pensar en episodios como el de Susana con los dos jueces. La calumnia es un pecado, pero es algo más, porque «quiere destruir al obra de Dios y nace de algo muy malo: nace del odio —advirtió el Papa Francisco en su homilía del **15 de abril**—. Y quien origina el odio es Satanás». Mentira y calumnia van a la par, porque una tiene necesidad de la otra para seguir adelante. Y no cabe duda, agregó el Pontífice, que «donde está la calumnia está Satanás». El Papa Francisco se inspiró luego en el Salmo 118 de la liturgia del día, para explicar el estado de ánimo del justo calumniado: «Aunque los nobles se sienten a murmurar de mí, tu siervo medita tus decretos; tus preceptos son mi delicia». El justo, en este caso es Esteban, el protomártir, a quien hacía referencia la primera lectura tomada de los Hechos de los Apóstoles. Esteban «mira al Señor y obedece la ley». Él es el primero de una larga serie de testigos de Cristo que han colmado la historia de la Iglesia. No sólo en el pasado, sino también en nuestros días hay muchos mártires. «El tiempo de los mártires no se ha acabado —subrayó el Papa—: también hoy podemos decir, en verdad, que la Iglesia tiene más mártires que en los primeros siglos», «muchos hombres y mujeres que son calumniados, perseguidos, asesinados por odio a Jesús, por odio a la fe».

En nuestra época caracterizada por «tantas turbulencias espirituales» el Papa

invitó a reflexionar sobre un icono medieval de la Virgen. La Virgen que «cubre con su manto al pueblo de Dios». También la primera antífona latina de la Virgen María es *Sub tuum presidium*. «Nosotros pedimos a la Virgen que nos proteja —afirmó—, y en tiempos de turbulencia espiritual el sitio más seguro se encuentra bajo el manto de la Virgen». Es, en efecto, la Madre que cuida a la Iglesia. Y en este tiempo de mártires, ella es, en cierto sentido, la protagonista de la protección: es la mamá».

El **martes 16 de abril** el Papa Francisco hizo una petición al iniciar la liturgia: «Hoy es el cumpleaños de Benedicto XVI. Ofrecemos la misa por él, para que el Señor le acompañe, le conforte y le dé abundante consolación». Un primer pensamiento, por lo tanto, a su predecesor en el día de su octogésimo sexto cumpleaños, mientras que la homilía fue ocasión de lanzar un llamamiento a cuantos se dejan seducir por la tentación de oponer resistencia al Espíritu Santo. «El Espíritu —subrayó el Santo Padre con suave firmeza— no es domesticable». Y ejemplificó con el Concilio Vaticano II, «una hermosa obra del Espíritu Santo». «Después de cincuenta años —se preguntó—, ¿hemos hecho todo lo que nos dijo el Espíritu Santo en el Concilio?». «No», respondió. «Celebramos este aniversario» —explicó— casi levantando «un monumento» al Concilio, pero nos preocupamos sobre todo de «que no dé fastidio. No queremos cambiar». Es más, «existen voces que quieren retroceder. Esto se llama «ser testarudos», esto se llama querer «domesticar al Espíritu Santo», esto se llama convertirse en «necios y lentos de corazón»». No se puede domesticar al Espíritu Santo «porque Él es Dios y Él es ese viento que va y viene, y tú no sabes de dónde. Es la fuerza de Dios; es quien nos da la consolación y la fuerza para seguir adelante».

De hecho, se es fiel al Espíritu cuando se anuncia a Jesús, tarea del bautizado. En su homilía del **17 de abril**, comentando la primera lectura de los Hechos de los Apóstoles (8, 1-8), el Papa recordó que «después del martirio de Esteban, se desató una violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén»; «la Iglesia gozaba de tranquilidad y paz, vivían la caridad entre ellos, las viudas eran atendidas. Pero luego llega la persecución. Esto es en cierto sentido el estilo de la vida de la Iglesia: entre la paz de la caridad y la persecución». Y sucede esto porque, como explicó el Santo Padre, así fue la vida de Jesús. A causa de la persecución todos huyeron excepto los Apóstoles. Los cristianos, en cambio, «se marcharon. Solos. Sin sacerdote. Sin obispos: solos. Los obispos, los Apóstoles, estaban en Jerusalén tratando de hacer resistencia a estas persecuciones». Sin embargo, los que habían huido «se movieron de un lugar a otro, anunciando la Palabra». Suscitaban curiosidad: «Pero... ¿quiénes son estos?». Y ellos lo decían: «Hemos conocido a Jesús, hemos encontrado a Jesús, y lo anunciamos». «Tenían sólo la fuerza del bautismo —observó el Santo Padre—. Y el bautismo les daba la valentía apostólica, la fuerza del Espíritu».

La reflexión del Papa se centró entonces en el presente, porque con demasiada frecuencia la gracia del bautismo se deja un poco de lado. «A veces pensamos: “No, nosotros somos cristianos: hemos recibido el bautismo, la confirmación, la primera comunión... y así el documento de identidad está en orden. Y ahora, dormimos tranquilos: somos cristianos”. Pero, ¿dónde está esa fuerza del Espíritu que te lleva adelante?», se preguntó el Papa. «¿Somos fieles al Espíritu para anunciar a Jesús con nuestra vida, con nuestro testimonio y con nuestras palabras? Cuando hacemos esto, la Iglesia se convierte en una Iglesia Madre que genera hijos», hijos de la Iglesia que testimonian a Jesús. «Pero — fue la alerta del Papa— cuando no lo hacemos, la Iglesia no se convierte en madre, sino en Iglesia baby-sitter, que cuida al niño para que duerma. Es una Iglesia amodorrada. Pensemos en nuestro bautismo, en la responsabilidad de nuestro bautismo».

Y es en el bautismo donde recibimos el don de la fe, un don que debe desarrollarse en la vida, en el corazón. Es el Señor quien «nos habla de la fe», indicó el Papa en la homilía del **18 de abril**. Nos invita a «creer en Él. Pero antes nos dice también otra cosa: «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha mandado». Ir a Jesús, encontrar a Jesús, conocer a Jesús, es un don del Padre». La fe es un don, y quien tiene esta fe tiene la vida eterna. «Pero, ¿en qué Dios crees?». «Cuántas veces oímos» simplemente: «en Dios»», «un dios difuso, un dios-spray, que está un poco por todas partes pero no se sabe qué es. Nosotros creemos en Dios que es Padre, Hijo, Espíritu Santo. Nosotros creemos en personas, y cuando hablamos con Dios hablamos con personas: o hablo con el Padre, o hablo con el Hijo, o hablo con el Espíritu Santo —especificó el Papa—. Esta es la fe».

Del 19 de abril al 25 de abril de 2013. En una historia de amor.

Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed sem. en lengua española, n. 17, viernes 26 de abril de 2013

«Que el Señor libre a la Iglesia de cualquier interpretación ideológica». Este ruego del Papa Francisco sintetizó su homilía del **19 de abril** en la misa que celebró, como cada mañana, en la Domus Sanctae Marthae, donde reside. Cada día, a las 7, concelebran con él sacerdotes, obispos y cardenales, y participan en la Eucaristía empleados del Vaticano y otros invitados.

Al comentar las lecturas del día —de los Hechos de los apóstoles (9, 1-20) y del Evangelio de Juan (6, 52-59)—, el Obispo de Roma reflexionó sobre la palabra de Jesús, interpretada por algunos «con el corazón» y por otros «con la cabeza». La voz de Jesús «nos dice algo y se dirige precisamente a nuestro corazón. Pasa por nuestra mente y va al corazón. Porque Jesús busca nuestra conversión». He aquí las respuestas a la voz del Señor narradas por las lecturas: «Pablo: “¿Quién eres, Señor?”. Ananías dice: “Pero... Señor, respecto a este hombre, he oído a muchos hablar de ese individuo y de todo el mal que ha hecho a tus fieles”, y con humildad advierte al Señor del *curriculum vitae* de Pablo. Los demás, los doctores, responden de otra manera: con la discusión entre ellos. Llegan a decirle: “¡Pero tú estás loco!”, y entre ellos dicen: “Pero ¿cómo un hombre puede dar a comer su carne?”».

Partiendo de estas expresiones, el Pontífice explicó la diversidad de las respuestas: «Los dos primeros, Pablo y Ananías, respondieron como los grandes de la historia de la salvación, como Jeremías, Isaías. También Moisés tuvo sus dificultades: “Pero, Señor, yo no sé hablar, ¿cómo iré a los egipcios a decirles esto?”. Y también María: “Pero, Señor, ¡yo no estoy casada!”. Son las respuestas de la humildad, de quien acoge la Palabra de Dios con el corazón». En cambio, «los doctores responden sólo con la cabeza. No saben que la Palabra de Dios va al corazón —alertó—, no conocen la conversión. Son “científicos”. Son los grandes ideólogos», los que no comprenden que la palabra de Jesús se dirige al corazón «porque es palabra de amor, es palabra bella y lleva al amor, nos hace amar». Más aún: los ideólogos falsifican el Evangelio, afirmó el Papa, añadiendo: «Toda interpretación ideológica, de cualquier parte que venga, es una falsificación del Evangelio. Y estos ideólogos, como hemos visto en la historia de la Iglesia, terminan por ser intelectuales sin talento, moralistas sin bondad. Y de la belleza no hablamos, porque no comprenden nada». En cambio, «el camino del amor, el camino del Evangelio es sencillo: ¡es el camino que han entendido los santos! Los santos son quienes llevan a la Iglesia adelante», los que siguen «el camino de la conversión, el camino de la humildad, del amor, del corazón, el camino de la belleza».

«Oremos hoy al Señor —concluyó el Pontífice— por la Iglesia: para que el

Señor la libre de cualquier interpretación ideológica y abra el corazón de la Iglesia, de nuestra madre Iglesia, al Evangelio sencillo, a aquel Evangelio puro que nos habla de amor, que lleva al amor, y es itan bello! Y también nos hace bellos con la belleza de la santidad».

Se trata de una Iglesia formada por cristianos libres de la tentación de murmurar contra un Jesús «demasiado exigente», pero sobre todo libres «de la tentación del escándalo»; una Iglesia que se consolida, camina y crece por el camino indicado por Jesús, como indicó el Papa Francisco el **20 de abril**, en su homilía, comentando el Evangelio de Juan (6, 60-69) y el pasaje de los Hechos de los Apóstoles (9, 31-42), que «nos relata una escena de la Iglesia que estaba en paz. Estaba en paz en toda la región de Judea, Galilea y Samaria. Un momento de paz. Y dice esto también: "se consolidaba, caminaba y crecía"». Se trataba de una Iglesia que había padecido la persecución pero que en aquel período se fortalecía, seguía adelante y crecía. Pero —se preguntó el Pontífice— ¿cómo se consolida, camina y crece? «En el temor del Señor y con el consuelo del Espíritu Santo». «Caminar en el temor del Señor. Es un poco el sentido de la adoración, de la presencia de Dios, ¿no? — observó—. La Iglesia camina de esta manera y cuando estamos en presencia de Dios no hacemos cosas malas ni tomamos malas decisiones. Estamos delante de Dios. También con la alegría y la felicidad. Este es el consuelo del Espíritu Santo, es decir, el don que el Señor nos ha dado. Este consuelo nos hace seguir adelante».

Pero para entrar en el Reino de Dios, en la comunidad cristiana, en la Iglesia, «la puerta —explicó el Papa el **22 de abril** profundizando en las lecturas del día (*Hch* 11, 1-18 y *Jn* 10, 1-10)—, la verdadera puerta, la única puerta es Jesús. Nosotros debemos entrar por esa puerta. Jesús es explícito: "Quien no entra en el aprisco de las ovejas por la puerta —que Él mismo dice 'yo soy'— sino que entra por otra parte, es un ladrón o un bandido"», o «un ambicioso que piensa sólo en su beneficio», en su gloria, y roba la gloria a Dios. Pero ¿cómo entender que la puerta verdadera es Jesús? «Toma las bienaventuranzas y haz lo que dicen las bienaventuranzas», fue la respuesta del Pontífice. De este modo «eres humilde, eres pobre, eres manso, eres justo»; y cuando alguien hace otra propuesta, «no la escuches: la puerta siempre es Jesús y quien entra por esa puerta no se equivoca».

Y entrar en la Iglesia es entrar en una historia de amor. De ella somos parte. Precisamente por esto, cuando se da demasiada importancia a la organización, cuando oficinas y burocracia asumen una dimensión preponderante, la Iglesia pierde su verdadera esencia y corre el riesgo de transformarse en una especie de ONG, de «organización no gubernamental». La historia de amor a la que se refirió el Papa Francisco durante la misa del **24 de abril** es la de la maternidad de la Iglesia. Una maternidad, dijo, que crece y se difunde en el tiempo «y que aún no termina», impulsada no por fuerzas humanas sino «por la fuerza del Espíritu Santo». Las lecturas del día, Hechos de los Apóstoles (12, 24-13, 5) y

Evangelio de Juan (12, 44-50). «El camino que Jesús quiso para su Iglesia — dijo el Pontífice— es el camino de las dificultades, el camino de la cruz, el camino de las persecuciones». Y también esto nos hace pensar: «Pero, ¿qué es la Iglesia, esta Iglesia nuestra?, porque parece que no sea una empresa humana, sino otra cosa». La respuesta está una vez más en el Evangelio, donde Jesús «nos dice algo que tal vez puede iluminar esta pregunta: “Quien cree en mí, no cree en mí sino que cree en Aquel que me ha enviado”». También Cristo —explicó— fue «enviado, fue enviado por otro». Por lo tanto, cuando indica el programa de vida, el modo de vivir, a los doce apóstoles, lo hace «no por sí mismo» sino «por Aquel que lo ha enviado». Es el inicio de la Iglesia, que —prosiguió el Papa— «comienza allí, en el corazón del Padre, que tuvo esta idea. No sé si tuvo una idea: el Padre sintió amor. Y comenzó esta historia de amor, tan larga en el tiempo y que aún no termina. Nosotros, mujeres y hombres de Iglesia, estamos en medio de una historia de amor. Cada uno de nosotros es un eslabón en esta cadena de amor».

Pero, ¿cómo se produce el crecimiento de la Iglesia?. Su fuerza «es el Espíritu, el Espíritu Santo, el amor. Precisamente el Padre envía al Hijo y el Hijo nos da la fuerza del Espíritu Santo para crecer, para seguir adelante», recalcó el Papa; y nosotros, con la fuerza del Espíritu, «todos juntos, somos una familia en la Iglesia que es nuestra madre. Así se puede explicar esta primera lectura: “La Palabra de Dios crecía y se difundía”».

Todo ello conduce a la dimensión universal de la misión de la Iglesia. En su homilía del **25 de abril** —sobre la la primera Carta de Pedro (5, 5-14) y el Evangelio de Marcos (16, 15-20)—, el Obispo de Roma recordó que «Jesús, antes de subir al cielo, envía a los apóstoles a evangelizar, a predicar el reino. Los envía hasta los confines del mundo. “Id por todo el mundo”». Éste es el horizonte de la Iglesia, que sigue adelante predicando «a todo el mundo. Pero —advirtió el Papa— no sigue adelante sola; va con Jesús». «El Señor trabaja con quienes predicán el Evangelio. Esta es la magnanimidad que deben tener los cristianos. Un cristiano pusilánime no se comprende», observó. Y «¿cuál es el estilo que quiere Jesús para sus discípulos en la predicación del Evangelio, en esta misionariedad?», se preguntó el Pontífice. E indicó la respuesta en el texto de Pedro, quien «nos explica un poco este estilo: “Revestíos todos de humildad en el trato mutuo, porque Dios resiste a los soberbios, mas da su gracia a los humildes”. El estilo de la predicación evangélica gira entorno a esta actitud, la humildad, el servicio, la caridad, el amor fraterno». Por eso, en esta dimensión, «la palabra “conquistar” no funciona; nosotros debemos predicar en el mundo», y por eso también el cristiano «predica, anuncia el Evangelio con su testimonio más que con las palabras», con el estilo de Jesús: humilde.

Del 26 de abril al 1 de mayo de 2013. La fe, camino de belleza y verdad.

Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 18, viernes 3 de mayo de 2013

La fe no es ni una alienación ni un fraude, sino un camino concreto de belleza y de verdad, trazado por Jesús, para preparar nuestros ojos y poder contemplar «el rostro maravilloso de Dios» en el lugar definitivo que está preparado para cada uno. Con estas palabras invita el Papa Francisco a no tener miedo y a vivir la vida como una preparación para mirar mejor, escuchar mejor y amar más. Es el sentido de su homilía en la misa celebrada el **viernes 26 de abril**, por la mañana, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae, donde reside. Un encuentro cotidiano alrededor de la mesa de la Palabra y de la Eucaristía, presidido por el Papa. Esta misa cotidiana es concelebrada por cardenales, obispos y sacerdotes que viven en Roma o visitan la Ciudad Eterna. Proceden de los más lejanos rincones de la tierra; participan en la celebración empleados del Vaticano y otros invitados.

En su reflexión, el Santo Padre parte de las lecturas de la liturgia del día. En esta ocasión, del pasaje evangélico de san Juan (14, 1-6): «No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar...». Y el Pontífice se preguntó: «¿Cómo es esta preparación? ¿Cómo se realiza? ¿Cómo es ese lugar? ¿Qué significa preparar el lugar? ¿Alquilar una habitación en las alturas?». Preparar el lugar significa «preparar nuestra posibilidad de gozar, ver, sentir, comprender la belleza de aquello que nos espera, de la patria hacia la cual caminamos».

Por ello, «toda la vida cristiana —prosiguió— es un trabajo de Jesús, del Espíritu Santo, para prepararnos un lugar, prepararnos los ojos para ver». E invitó a pensar con un ejemplo: «Quienes están enfermos de cataratas y tienen que operarse: ellos ven —dijo—, pero después de la operación, ¿qué dicen? “Nunca pensé que se podía ver así”. Nuestros ojos, los ojos de nuestra alma tienen necesidad de ser preparados para contemplar el rostro maravilloso de Jesús». Se trata, entonces, de «preparar principalmente el corazón para amar, amar más». Y «esto no es alienación: esta es la verdad, esto es permitir que Jesús prepare nuestro corazón, nuestros ojos, para esa belleza tan grande. Es el camino de la belleza. También el camino del regreso a la patria». Y así, mientras caminamos hacia la patria definitiva, no faltará la confrontación entre dos tipos de comunidades: la de los discípulos y la de quienes tienen cerrado el corazón. Para profundizar en estas dos tendencias, el **sábado 27 de abril**, el Papa se inspiró en el pasaje de los Hechos de los apóstoles (13, 44-52) que narra precisamente la confrontación entre dos comunidades religiosas. En la comunidad de los discípulos —explicó— se cumplía el mandato de Jesús —“Id y predicad”—. Y, notó el Papa Francisco, entre la gente se había

difundido un ambiente de felicidad que «parecía no terminar jamás». Cuando los judíos vieron tanta felicidad «se llenaron de celos y comenzaron a perseguir» a esta gente «que eran buenas personas, que tenían una actitud religiosa». «¿Por qué lo hicieron?», se preguntó. Lo hicieron «sencillamente porque tenían el corazón cerrado, no estaban abiertos a la novedad del Espíritu Santo. Creían que todo estaba dicho, que todo sería como ellos pensaban que debía ser, y por ello se sentían como defensores de la fe». Así es como «comenzaron a hablar contra los apóstoles, a calumniar».

El Papa invitó a pensar en la Iglesia que sigue adelante, «en los numerosos hermanos que sufren por esta libertad del Espíritu y sufren persecuciones, ahora, en tantos lugares». Incluso así, «estos hermanos, en el sufrimiento, están llenos de alegría y de Espíritu Santo», y forman «comunidades abiertas, misioneras, rezan a Jesús porque saben que es verdad lo que dijo y hemos escuchado ahora: “Lo que pidáis en mi nombre, lo haré”». Por el contrario, «las comunidades cerradas rezan a los poderosos de la tierra para que les ayuden. Y ese no es un buen camino. No tengamos miedo a la alegría del Espíritu. Y nunca, nunca —continuó— nos mezclemos con estas cosas que, a la larga, nos llevan a encerrarnos en nosotros mismos. En esta cerrazón no está la fecundidad y la libertad del Espíritu».

A la confianza dedicó el Papa Francisco su homilía del **29 de abril**, cuya lectura remite a la primera Carta de san Juan (1, 5-2, 2), donde el apóstol «habla a los primeros cristianos y lo hace con sencillez: “Dios es luz y en Él no hay tiniebla alguna”. Pero “si decimos que estamos en comunión con Él”, amigos del Señor, “y caminamos en las tinieblas, mentimos y no obramos la verdad”. Y a Dios es necesario adorarlo en espíritu y en verdad», afirmó el Santo Padre. «¿Qué significa —se preguntó— caminar en las tinieblas?». Así, no dudó en decir que «caminar en las tinieblas significa estar satisfecho de uno mismo, estar convencido de no tener necesidad de salvación. ¡Esas son las tinieblas!». Y, prosiguió, «cuando uno sigue adelante por este camino de las tinieblas, no es fácil dar un paso hacia atrás». E hizo una invitación: «Mirad vuestros pecados, nuestros pecados: todos somos pecadores, todos. Este es el punto de partida». Jesús nos espera a cada uno, recalcó el Papa citando el Evangelio de Mateo (11, 25-30). Jesús nos espera para perdonarnos. Es lo que «sucede en el sacramento de la Reconciliación».

El Papa, por último, invitó a tener confianza en las palabras del apóstol Juan: «Si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre». Y concluyó: «Esto nos alivia. Es hermoso, ¿eh? ¿Y si sentimos vergüenza? Bendita vergüenza, porque es una virtud. El Señor nos da esta gracia, esta valentía para ir siempre a Él con la verdad, porque la verdad es luz. Y no con las tinieblas de las medias verdades o de las mentiras ante Dios».

Vivir en la lógica del perdón, de la verdad, nos da paz, la paz verdadera, que no se compra. Es un don de Dios. Un don que Él da a su Iglesia. Para obtenerla los cristianos deben seguir confiando la Iglesia a Dios, pidiéndole que la cuide

y la defensa de las insidias del maligno, que ofrece al hombre una paz distinta, una paz mundana, no la paz verdadera. Este fue el núcleo de la reflexión propuesta por el Papa el **martes 30 de abril**, centrándose en la palabra «encomendar», que aparece dos veces en la lectura de los Hechos de los apóstoles (14, 19-28)».

En esta línea, dijo: «Se puede custodiar a la Iglesia, se puede atender a la Iglesia, ¿no? Debemos hacerlo con nuestro trabajo. Pero lo más importante es lo que hace el Señor: es el único que puede mirar a la cara al maligno y vencerle». Pero «nosotros, ¿rezamos por la Iglesia? ¿Por toda la Iglesia? ¿Por nuestros hermanos, a quienes no conocemos, en todas las partes del mundo?», fueron las preguntas del Pontífice. Cuando «en nuestra oración decimos al Señor: “Señor, mira a tu Iglesia”», entendemos por esta Iglesia, la Iglesia del Señor, la Iglesia que reúne «a nuestros hermanos». Esta es la oración que «debemos hacer con el corazón —repitió el Papa— y cada vez más. Para nosotros es fácil rezar para pedir una gracia al Señor cuando necesitamos algo; y no es difícil rezar por gratitud al Señor. Pero rezar por la Iglesia, por quienes no conocemos, pero que son nuestros hermanos y hermanas, porque recibieron el mismo bautismo, y decir al Señor: “son los tuyos, son los nuestros... custódialos”», es otra cosa: significa «encomendar la Iglesia al Señor»; es «una oración que hace crecer a la Iglesia», pero es también «un acto de fe. Nosotros no podemos nada, nosotros somos todos pobres servidores de la Iglesia: pero es Él quien puede llevarla adelante y custodiarla y hacerla crecer, santificarla, defenderla, defenderla del “príncipe de este mundo”», es decir, de aquel que «quiere que la Iglesia llegue a ser más y más mundana. Este es el peligro más grande», porque «cuando la Iglesia se convierte en mundana, cuando tiene dentro de sí el espíritu del mundo», cuando obtiene la paz que no es la paz del Señor, entonces se convierte en una Iglesia «débil, una Iglesia que será vencida, incapaz de anunciar el Evangelio, el mensaje de la Cruz, el escándalo de la Cruz. No puede llevarlo adelante si es mundana. Por ello es tan importante y tan fuerte esta oración: encomendar la Iglesia al Señor».

Sobre el hombre que se dignifica trabajando, y fue creado a imagen de Dios, «quien trabajó para crear el mundo», reflexionó el Papa Francisco en su homilía del **miércoles 1 de mayo**. Las lecturas del día abrieron camino: la primera del libro del Génesis (1, 26-2, 3) y la segunda del evangelio de Mateo (13, 54-58), presentando a Dios creador y la figura de san José, el carpintero «padre adoptivo de Jesús», de quien «Jesús aprendió a trabajar». En este día recordamos a san José —dijo—, «pero este recuerdo de san José obrero nos remite a Dios trabajador, a Jesús trabajador. Y el trabajo es un tema muy, muy, muy evangélico. “Señor —dice Adán— con el trabajo ganaré para vivir”. Pero es más. Porque esta primera imagen de Dios trabajador nos dice que el trabajo es algo más que ganarse el pan: el trabajo nos da dignidad. Quien trabaja es digno, tiene una dignidad especial, una dignidad de persona: el

hombre y la mujer que trabajan son dignos». El Santo Padre citó un titular de *L'Osservatore Romano* del domingo 28 de abril dedicado al derrumbe de una fábrica en Dacca, donde murieron cientos de obreros que trabajaban en condiciones de explotación e inseguridad: «Un titular —comentó— que me llegó mucho el día de la tragedia de Bangladesh: “Cómo morir por 38 euros al mes”». Y «esto —fue la explícita denuncia del Pontífice— es “trabajo esclavo”», que explota «el don más bello que Dios dio al hombre: la capacidad de crear, trabajar, cultivar la propia dignidad».

Mayo 2013.

Del 2 de mayo al 8 de mayo de 2013. **Para ser la Iglesia del sí.**

Del 10 de mayo al 22 de mayo de 2013. **Canta y camina.**

Del 23 de mayo al 28 de mayo de 2013. **La victoria del cristiano.**

29 de mayo de 2013. **El triunfalismo de los cristianos.**

31 de mayo de 2013. **La eternidad no será aburrida.**

Del 2 de mayo al 8 de mayo de 2013. Para ser la Iglesia del sí.

Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 19, viernes 10 de mayo de 2013

La Iglesia, «comunidad del sí» forjada por el Espíritu Santo, se contrapone a la «Iglesia del no», que obliga al Espíritu «a un doble trabajo». Es la imagen propuesta por el Papa Francisco en la misa matutina celebrada el **jueves 2 de mayo** en la capilla de la Domus Sanctae Marthae. Cada día, como ya es costumbre, el Pontífice comenta las lecturas de la liturgia en una breve homilía, y concelebran con él cardenales, obispos y sacerdotes residentes en Roma o que vienen de diversos países.

Al hablar de la Iglesia, el Papa Francisco se inspiró en la comunidad del Cenáculo. Una Iglesia —destacó— impulsada siempre por el Espíritu Santo, que se extendió por todo el mundo, llevando el anuncio entre los paganos, que «fue a las periferias de la fe, donde no creían el anuncio de Jesucristo, porque no lo conocían». Una Iglesia que «fue a predicar impulsada por el Espíritu Santo», el cual obra sustancialmente «en dos modos: primero impulsa» —dijo— creando «incluso algunos problemas»; luego construye «la armonía de la Iglesia, en su seno. El movimiento producido por el Espíritu Santo es un movimiento continuo». No faltó una exhortación: «Pidamos al Espíritu Santo que nos asista siempre para llegar a ser una comunidad de amor, de amor a Jesús que nos ha amado tanto»; ser una comunidad «del "sí" que conduce a cumplir los mandamientos»; que tenga siempre las «puertas abiertas». Impulsados y cimentados en el amor, en la misa celebrada el **viernes 3 de mayo**, el Santo Padre invitó a vivir la audacia que se inspira en el Evangelio. Así, durante la homilía invitó a reflexionar sobre la necesidad de orar con valentía para obtener la gracia de la difusión de la fe en el mundo. Como siempre, el Pontífice utilizó una expresión capaz de entrar y dejar una huella en el corazón y en la memoria de quien le escucha: habló de una oración valerosa, casi como desafiar a Jesús, quien dijo: «Cualquier cosa que pidáis en mi nombre, yo lo haré para que el Padre sea glorificado en el Hijo». Por ello, orar significa «tener la valentía de ir a Jesús y decirle: "Pero tú has dicho esto, ¡hazlo! Haz que la fe se acreciente"». Es una audacia que se inspira en el Evangelio, cuando Jesús dice: «Cualquier cosa que pidáis en mi nombre, yo lo haré para que el Padre sea glorificado en el Hijo». Esta mañana sobresalían los colores de los uniformes, diseñados por Miguel Ángel, de los sesenta guardias suizos que asistieron a la misa —otro grupo lo hizo al día siguiente—. El Papa aprovechó la ocasión para agradecerles «el amor y la cercanía a la Iglesia, también la cercanía al Papa y el amor por el Papa. Es un bello testimonio de fidelidad a la Iglesia —prosiguió—. Que el Señor os bendiga mucho por este servicio. La Iglesia les quiere mucho. Yo también».

De la persecución de los cristianos habló al día siguiente, el **sábado 4 de**

mayo; y centró su reflexión en el odio, que es «una palabra fuerte —subrayó el Papa— utilizada por Jesús. Precisamente el odio. Él que es maestro del amor, a quien le complacía hablar de amor, habla de odio». Pero «a Él —explicó— le gustaba llamar a las cosas por su nombre. Nos dice: “¡No os asustéis!, el mundo os odiará. Sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros”. El camino de los cristianos —explicó— es el camino de Jesús». Para seguirlo no hay otro camino. Uno de los indicados por Jesús, precisó el Santo Padre, «es consecuencia del odio del mundo y también del príncipe de este odio en el mundo». E invitó a pensar en las armas que tenemos para defendernos: «permanezcamos ovejas siempre, porque así tendremos un pastor que nos defiende».

Otra invitación caracterizó la celebración del **lunes 6 de mayo**: «tener al Espíritu Santo como amigo». Un amigo que se convierte en «compañero de camino» para cada uno de nosotros. Así definió el Papa Francisco al Espíritu Santo, y agregó que para conocer al Espíritu, pero sobre todo para reconocer su acción en nuestra vida, «es importante —este es el consejo del Pontífice— practicar el examen de conciencia todas las noches antes de dormirse». Además, no dudó en recordar que fue Jesús mismo quien nos lo dejó como amigo. Por ello —afirmó el Papa Francisco— es bueno conservar el hábito de preguntarnos, antes de que termine la jornada: “¿Qué ha hecho hoy en mí el Espíritu Santo? ¿Qué testimonio me ha dado? ¿Cómo me ha hablado? ¿Qué me ha sugerido?”. Es una presencia divina que nos ayuda a seguir adelante en nuestra vida de cristianos.

Esta presencia amiga nos ayuda a vivir con alegría las situaciones que exigen tener paciencia. Así, la alegría y la fuerza de la paciencia cristiana hacen al hombre más joven y ayudan a aceptar y a vivir pacientemente las tribulaciones y dificultades de la vida. Lo recordó el Papa Francisco en la misa celebrada el **martes 7 de mayo**. Las lecturas del día ofrecieron al Papa la ocasión de reflexionar sobre el espíritu de la paciencia testimoniado por los primeros mártires cristianos. Y recordó a Pablo y Silas, quienes, en prisión, oraban y cantaban himnos a Dios, mientras los demás detenidos los escuchaban maravillados. «Pero ellos estaban en paz. También ellos estaban alegres por haber sufrido en el nombre de Jesús». En medio de esa situación, vivían el estilo cristiano de la paciencia, que es «un proceso de madurez cristiana» —explicó el Papa—; y es un proceso que necesita tiempo. «Es como el buen vino» —continuó—, que espera pacientemente a que llegue «el momento en el que está propiamente maduro». Jesús no excluyó a nadie, y construyó puentes, no muros. Su mensaje de salvación es para todos. Así explicó el Papa Francisco el **miércoles 8 de mayo** la actitud del buen evangelizador: abierto a todos, dispuesto a escuchar a todos, sin ninguna exclusión. El Pontífice propuso el ejemplo del apóstol Pablo en el areópago, que anuncia a Jesucristo entre los adoradores de ídolos. Es importante, según el Papa, el modo de proceder: «Él no dice: “¡idólatras! Irán al infierno...”»,

sino, por el contrario, «busca llegar al corazón»; no condena desde el inicio, busca el diálogo: «Pablo es un pontífice, constructor de puentes. Él no quiere convertirse en constructor de muros». Construir puentes para anunciar el Evangelio, «esta es la actitud de Pablo en Atenas: hacer un puente en sus corazones, para luego dar un paso más y anunciar a Jesucristo». E invitó a reflexionar sobre nuestra actitud, si lo que nos detiene es el temor a equivocarnos, es necesario pensar que podemos levantarnos y continuar para seguir adelante; porque «los que no caminan para no equivocarse —concluyó el Papa Francisco— comenten un error más grave».

*Del 10 de mayo al 22 de mayo de 2013. **Canta y camina.***

Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 21, viernes 24 de mayo de 2013

La Domus Sanctae Marthae, donde reside el Papa Francisco en el Vaticano, acogió a otro huésped de excepción del 9 al 13 de mayo: Su Santidad Tawadros II, Papa de Alejandría y Patriarca de la Sede de San Marcos, jefe de la Iglesia ortodoxa copta de Egipto. Y en la capilla, en la misa que abre cada día, el Obispo de Roma quiso hablar de la alegría, expresando su estado de ánimo justamente por la llegada de Tawadros II «un hermano que viene a visitar a la Iglesia de Roma para hablar, para recorrer juntos un tramo de camino». De este modo la alegría centró la homilía del **10 de mayo**, inspirada en un pasaje del Evangelio de san Lucas (Lc 24, 50-53): trata de la Ascensión del Señor y relata que los discípulos «regresaron a Jerusalén llenos de alegría. El don que Jesús les había dado —explicó el Papa— no era una cierta nostalgia», sino «alegría», que llena desde dentro, que es «como una unción del Espíritu», que «se encuentra en la seguridad de que Jesús está con nosotros y con el Padre». La alegría es una virtud de los grandes, «de aquellos grandes que —precisó el Santo Padre— están por encima de las mezquindades, de las pequeñeces humanas, que no se involucran en las pequeñas cosas internas de la comunidad, de la Iglesia; miran siempre hacia el horizonte». Y la alegría es una virtud del camino. «San Agustín decía: ¡Canta y camina!», recordó el Papa. «El cristiano canta con alegría y camina, y lleva esta alegría», aunque «se encuentra también algunas veces escondida en la cruz»; «pero canta y camina», «sabe alabar a Dios como los apóstoles después de la Ascensión de Jesús».

De hecho el Papa invitó, en la Eucaristía del **11 de mayo** (Jn 16, 23-28), a un «éxodo», porque lo necesario es salir de nosotros mismos e ir al encuentro de los hermanos necesitados, de los enfermos, los ignorantes, los pobres, los explotados. Porque es ahí donde reconocemos las llagas de Jesús, que aún están presentes en la tierra. Más aún: la oración auténtica es un «salir de nosotros mismos hacia el Padre en nombre de Jesús —aclaró el Pontífice—, es un éxodo de nosotros mismos» que se realiza «precisamente con la intercesión de Jesús, que ante el Padre le muestra sus llagas». Todo esto nos «da confianza, nos da la valentía de rezar», porque, como escribía el apóstol Pedro, «sus heridas nos han curado». Éste es «el nuevo modo de rezar: con la confianza», con la «valentía que nos da la certeza de que Jesús está ante el Padre» y le muestra sus llagas; pero también con la humildad para reconocer y encontrar las llagas de Jesús en sus hermanos necesitados. Ésta es nuestra oración en la caridad», reafirmó el Santo Padre.

Y aunque sea, en cierto modo, el desconocido de nuestra fe, el Espíritu Santo es quien nos recuerda todo lo que enseñó Jesús. En la misa del **13 de mayo**

(Hch 19, 1-8), el Papa Francisco insistió en que Jesús dice a los apóstoles: «Os enviaré el Espíritu Santo: Él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os he dicho». «Pensemos en esto último: el Espíritu Santo es Dios, pero es Dios activo en nosotros —constató el Pontífice—, quien hace recordar, quien despierta la memoria. El Espíritu Santo nos ayuda a hacer memoria».

Días de prólogo de Pentecostés, el Papa indicó, comentando las lecturas del **14 de mayo** (Hch 1, 15-17, 20-26; Jn 15, 9-17), que en este tiempo de espera del Espíritu Santo se hace presente el concepto del amor. De ahí su alerta y su exhortación: el egoísmo no conduce a ninguna parte. El amor, en cambio, libera. Por ello quien es capaz de vivir la propia vida como «un don entregado a los demás» no quedará nunca solo y no experimentará «el drama de la conciencia aislada», presa fácil de ese «Satanás mal pagador» siempre «listo a engañar» a quien elige su camino.

Otra alerta lanzó el Santo Padre el **15 de mayo** (Hch 20, 28-38; Jn 17, 11-19) cuando habló de obispos y sacerdotes que se dejan vencer por la tentación del dinero y de la vanidad, del afán de hacer carrera; de pastores se convierten en lobos «que comen la carne de sus propias ovejas». No usó medias tintas el Papa Francisco para referirse a este comportamiento. Para superar estas «auténticas tentaciones» obispos y sacerdotes deben rezar, pero necesitan también de la oración de los fieles. Porque como evidencia la relación entre Pablo y los fieles de Éfeso, la relación del obispo con su pueblo está «hecha de amor y de ternura».

Precisamente el Papa relanzó —el **16 de mayo** (Hch 22, 30; 23, 6-11)— el ejemplo del Apóstol Pablo, que pasaba «de una batalla campal a otra». Así, los creyentes no deben refugiarse «en una vida tranquila» o en componendas: hoy en la Iglesia hay demasiados «cristianos de salón» —lamentó el Santo Padre—, «tibios», para quienes siempre está «todo bien», pero que no tienen ardor apostólico. En su homilía, por lo tanto, un fuerte llamamiento a la misión —no sólo en las tierras lejanas, sino también en las ciudades—. Y ello conscientes de que el celo apostólico «viene del conocimiento de Jesucristo». Como el encuentro que tuvo Pablo con el Señor, no con un conocimiento intelectual, científico —que es importante porque nos ayuda—, sino con el conocimiento primero, el del corazón, el del encuentro personal». Es lo que impulsaba a Pablo a seguir adelante, a anunciar a Jesús. A pesar de las contrariedades. Así, con su testimonio de la verdad, el cristiano debe «incomodar» a «nuestras estructuras cómodas», observó el Papa.

En cambio, los encuentros del Apóstol Pedro con Jesús fueron protagonistas de su homilía del **17 de mayo** (Hch 25, 13-21; Jn 21, 15-19). La constatación del Pontífice: ser pecadores no es el problema; lo es no arrepentirse de haber pecado, no sentir vergüenza por lo que se ha hecho. Jesús —destacó— «entrega su rebaño a un pecador», Pedro. «Pecador, pero no corrupto», precisó inmediatamente. «El Señor nos hace madurar a través de muchos encuentros con Él —explicó—, incluso con nuestras debilidades, cuando las

reconocemos; con nuestros pecados. Él es así, y la historia de este hombre [Pedro], que se dejó modelar a través de numerosos encuentros con Jesús, nos sirve a todos nosotros, porque estamos en el mismo camino, siguiendo a Jesús para vivir el Evangelio. Pedro es un grande, pero no porque sea doctor en esto o porque sea bueno por haber hecho esto otro... No: es un grande, es noble, tiene un corazón noble, y esta nobleza le conduce al llanto, le lleva al dolor, a la vergüenza, pero también a acoger su trabajo de apacentar el rebaño».

Jesús hablaba mucho con Pedro y con todos los demás, así como los apóstoles hablaban entre ellos y con los demás; pero era «un diálogo de amor», recordó el Obispo de Roma el **18 de mayo** (*Jn 21, 20-25*). Una realidad que contrapuso a los cristianos entre quienes se da el mal hábito de «despellejarse» unos a otros con las palabras, las desinformaciones y la calumnia. «Las críticas —afirmó— son destructivas en la Iglesia». Después de los «cristianos de salón», están los «cristianos criticones», objeto de esta nueva alerta del Papa.

Que tampoco dudó en alertar de que incluso en el corazón del hombre de fe se alberga «algo de incredulidad». El relato del evangelio de Marcos (9, 14-29), el **20 de mayo**, dio pie al Papa Francisco para subrayar que los milagros siguen existiendo, pero para consentir al Señor que los realice es necesaria una oración valiente, capaz de superar esa incredulidad, con una oración que debe «poner la carne en el asador», implicar nuestra persona y comprometer toda nuestra vida.

Al día siguiente, **21 de mayo** (*Mc 9, 30-37*), en su homilía retomó una clave que ya había expresado en otras ocasiones: el verdadero poder es el servicio. «La lucha por el poder en la Iglesia —subrayó el Pontífice— no es cuestión de estos días. Comenzó allá, precisamente con Jesús: mientras el Señor hablaba de la Pasión, los discípulos pensaban en discutir sobre quién de ellos era el más importante». Pero en la óptica del Evangelio «la lucha por el poder en la Iglesia no debe existir. O, si queremos, que exista la lucha por el verdadero poder, es decir, el que Él, con su ejemplo, nos enseñó: el poder del servicio. Como hizo Él, que vino no para ser servido, sino para servir. Y su servicio fue precisamente un servicio de cruz: Él se abajó, hasta la muerte, con muerte de cruz, por nosotros; para servirnos, para salvarnos».

Y el Señor redimió a todos con la sangre de Cristo, a «todos, no sólo a los católicos», insistió el Obispo de Roma el **22 de mayo** (*Mc 9, 38-40*). «Es esta sangre que nos hace hijos de Dios», a cuya imagen fuimos creados. Y si «Él hace el bien, todos nosotros tenemos en el corazón este mandamiento: Haz el bien y no hagas el mal. Todos», cualquiera que sea el credo que profese. Pensar que no todos pueden hacer el bien es una cerrazón, «un muro —advirtió el Santo Padre— que nos conduce a la guerra» y «a lo que algunos pensaron en la historia: matar en nombre de Dios». Y esto «es una blasfemia». En cambio, cada hombre no sólo puede, sino que debe hacer el bien, porque lleva en su interior este mandato. Es también «un hermoso

camino hacia la paz». Si cada uno hace su parte de bien, y lo hace hacia los demás, «nos encontramos haciendo el bien». Y así, construimos la «cultura del encuentro; y tenemos gran necesidad de ello».

Del 23 de mayo al 28 de mayo de 2013. La victoria del cristiano.

Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 22, viernes 31 de mayo de 2013

El cristiano, según la metáfora evangélica, está llamado a ser la sal de la tierra. Pero si no transmite el sabor que el Señor le ha dado, se transforma en «sal insípida» y se convierte en «un cristiano de museo». De ello habló el Papa Francisco en la misa celebrada el **23 de mayo** en la capilla de la Domus Sanctae Marthae, donde reside, en el Vaticano.

¿Cómo hacer para que la sal no se vuelva insípida? Es la cuestión que planteó el Santo Padre, como suele hacer en las homilías de la misa diaria. El sabor de la sal cristiana, explicó, nace de la certeza de la fe, de la esperanza y de la caridad que brota de la consciencia de «que Jesús resucitó por nosotros» y nos ha salvado. Pero esta certeza no se nos dio simplemente para conservarla. La sal que hemos recibido es para darla; es para dar sabor, para ofrecerla. De otro modo «se vuelve insípida y no sirve». Pero la sal tiene también otra particularidad: cuando «se usa bien —puntualizó el Papa Francisco— no se percibe el sabor de la sal» misma ni altera el sabor de las cosas. «Esta es la originalidad cristiana: cuando nosotros anunciamos la fe, con esta sal», «cada uno la recibe en su peculiaridad, como los alimentos». Y es que la originalidad cristiana no es una uniformidad. Consiste en que cada uno sigue siendo lo que es, con los dones que el Señor le ha dado.

Y «para que la sal no se eche a perder» hay dos métodos a seguir, «que deben ir juntos». «Primero de todo darla»; «se trata de la sal de la fe, de la esperanza y de la caridad: idarla, darla, darla!». El otro método implica la trascendencia, es decir la tensión «hacia el autor de la sal, el Creador»: «con la adoración al Señor, trasciendo de mí mismo al Señor; y con el anuncio evangélico salgo fuera de mí mismo para dar el mensaje».

Fiesta de María Auxiliadora, el **24 de mayo** el Papa Francisco inició la celebración recordando la jornada de oración: «Toda la Iglesia reza por China, por los cristianos chinos. Esta mañana ofrecemos la misa por este noble y gran pueblo chino, por los cristianos, para que la Virgen les ayude y custodie». «En la oración que está en el misal latino» «pedimos dos gracias —leyó—: soportar con paciencia y vencer con amor las opresiones, exteriores e interiores».

«Soportar —explicó— es tomar la dificultad y llevarla sobre sí, con fuerza, para que la dificultad no nos abata. Esta es una virtud cristiana». En segundo lugar, «se puede vencer de muchos modos —precisó—, pero la gracia que nosotros pedimos hoy es la gracia de la victoria por medio del amor. No es fácil. El amor consiste en la mansedumbre que nos enseñó Jesús. Esa es la victoria». El apóstol Juan —dijo al respecto el Papa— «nos dice en la primera carta: esta es nuestra victoria, nuestra fe. Nuestra fe es precisamente esto: creer en Jesús

que nos enseñó el amor y nos enseñó a amar a todos. Y la prueba de que nosotros estamos en el amor es cuando rezamos por nuestros enemigos». La acogida cristiana fue en cambio el tema de la homilía que el Santo Padre pronunció el **sábado 25** con una llamada de atención: los cristianos que piden nunca deben encontrar las puertas cerradas. Las iglesias no son oficinas donde presentar documentos y papeles cuando se pide entrar en la gracia de Dios. El Pontífice recordó el pasaje evangélico con la reprensión que Jesús dirigió a sus discípulos cuando querían alejar de Él a los niños que la gente le llevaba. El Papa ejemplificó enseguida con situaciones de la vida cotidiana. Como cuando los novios que quieren casarse se presentan en la secretaría de una parroquia y, en lugar de apoyo y felicitación, oyen enumerar los costes de la ceremonia o la pregunta de si todos sus documentos están en regla. De este modo, a veces —advirtió el Papa— «encuentran la puerta cerrada». Así, quien tendría la posibilidad «de abrir la puerta dando gracias a Dios por este nuevo matrimonio», no lo hace, es más, la cierra. Muchas veces «somos controladores de la fe en lugar de ser facilitadores de la fe de la gente», lamentó. Y es algo que «comenzó en los tiempos de Jesús, con los Apóstoles». Se trata de «una tentación que tenemos nosotros; la de adueñarnos, apropiarnos del Señor». El Papa recurrió a otro ejemplo: cuando una madre soltera va a una iglesia, pide bautizar al niño y encuentra como respuesta «por parte de un cristiano o de una cristiana»: «no puedes, tú no estás casada». Continuó: «Mirad a esta joven que tuvo la valentía de llevar adelante el embarazo» y no abortar: «¿Qué encuentra? Una puerta cerrada. Esto le sucede a muchas. Esto no es un buen celo pastoral. Aleja del Señor, no abre las puertas. Y así, cuando vamos por este camino, con esta actitud, no hacemos bien a la gente, al pueblo de Dios. Jesús instituyó siete sacramentos y nosotros con esta actitud instituímos el octavo, el sacramento de la aduana pastoral».

«Jesús se indigna cuando ve estas cosas. ¿Quién sufre por esto? Su pueblo fiel, la gente que Él tanto ama», subrayó el Santo Padre. «Pensemos en el santo pueblo de Dios, pueblo sencillo, que quiere acercarse a Jesús. Y pensemos en todos los cristianos de buena voluntad que se equivocan y en lugar de abrir una puerta la cierran. Pidamos al Señor —exhortó— que todos aquellos que se acercan a la Iglesia encuentren las puertas abiertas para encontrar este amor de Jesús».

De más riesgos que impiden seguir a Jesús alertó el Papa Francisco el **27 de mayo**: el encanto de lo provisional, la sensación de ser dueños del tiempo, la cultura del bienestar a toda costa. En su homilía se refirió al pasaje evangélico del hombre rico que se acerca a Jesús para preguntarle cómo alcanzar la vida eterna. Asegura a Jesús que cumple los mandamientos y le pregunta cómo ir más allá. Pero a la petición de Jesús, «que le ama», de vender todas sus posesiones antes de seguirle, «este hombre bueno, hombre justo —un hombre impulsado por el Espíritu Santo para ir más lejos, más cerca de Jesús— se

desanima: ante estas palabras, frunció el ceño y se marchó triste. Y Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: qué difícil es para quienes poseen riquezas entrar en el reino de Dios», recordó el Santo Padre.

«Todos —exhortó— debemos hacer un examen de conciencia sobre cuáles son nuestras riquezas que nos impiden acercarnos a Jesús en el camino de la vida». La primera riqueza «es la cultura del bienestar, que nos hace poco valerosos, flojos y también egoístas». A veces «el bienestar nos anestesia». Incluso la elección de tener un hijo depende del bienestar. Otra «riqueza» que «nos impide ir cerca de Jesús es el encanto de lo provisional. Estamos enamorados de lo provisional», mientras que las propuestas de Jesús son definitivas. Nos gusta lo provisional «porque tenemos miedo del tiempo de Dios», que es un tiempo definitivo. «El encanto de lo provisional» cautiva a los hombres de hoy; y les impulsa, en particular, a «convertirse en dueños del tiempo: hacemos pequeño el tiempo en el momento». En contraposición, el Pontífice recordó a «los numerosos hombres y mujeres que dejaron su tierra y marcharon como misioneros, para toda la vida»; y a «los numerosos hombres y mujeres que dejaron su casa para formar un matrimonio, para toda la vida y llegaron hasta el final». Esto —afirmó el Pontífice— «es seguir a Jesús de cerca, es lo definitivo».

El Pontífice retomó el **28 de mayo** la reflexión sobre el diálogo de Jesús con el joven rico. Recordó que Pedro había oído las advertencias de Jesús respecto a las riquezas, que hacen «tan difícil entrar en el reino de Dios». Tras las palabras del Señor, Pedro le pregunta: «Está bien, ¿y nosotros? Nosotros hemos dejado todo por Ti. ¿Cuál será el salario? ¿Cómo será el premio?». La respuesta de Jesús, tal vez, «es un poco irónica: pero sí, también tú y todos vosotros que habéis dejado casa, hermanos, hermanas, madre, hijo, campos, tendréis el ciento por uno de esto». Sin embargo les advierte que deberán afrontar «la persecución», descrita como el salario o «la paga del discípulo». «El cristiano sigue a Jesús por amor, y cuando se sigue a Jesús con amor, la envidia del diablo hace muchas cosas —alertó—. El espíritu del mundo no tolera esto, no tolera el testimonio. Pensad en la Madre Teresa, considerada como una figura positiva que hizo tantas cosas hermosas por los demás... El espíritu del mundo nunca dice que la beata Teresa todos los días, muchas horas, estaba en adoración; nunca. Reduce la actividad cristiana al hacer un bien social. Como si la existencia cristiana fuese una pintura, un barniz de cristianismo. Pero el anuncio de Jesús no es un barniz», penetra en los huesos, va directo «al corazón; va al interior y nos cambia —constató el Papa—. Y esto, el espíritu del mundo no lo tolera; y por ello vienen las persecuciones». De ahí la invitación a pensar en la respuesta de Jesús: «Nadie que haya dejado casa o hermanos, hermanas o madre o padre o hijos o campos por causa mía o por causa del Evangelio, que no reciba ya ahora, en este mundo, cien veces más, en casas, hermanos... junto a las persecuciones. No lo olvidemos», insistió el Santo Padre. Seguir a Jesús con amor paso a paso: éste es el

seguimiento de Cristo. Pero el espíritu del mundo seguirá sin tolerarlo y hará sufrir a los cristianos. Se trata, sin embargo, de un sufrimiento como el que soportó Jesús: «Pidamos esta gracia: seguir a Jesús por el camino que Él nos mostró, que Él nos enseñó. Esto es hermoso: Él no nos deja nunca solos, nunca —afirmó—. Él está siempre con nosotros».

29 de mayo de 2013. El triunfalismo de los cristianos.

Miércoles.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 7 de junio de 2013

El triunfalismo que pertenece a los cristianos es el que pasa a través del fracaso humano, el fracaso de la cruz. Dejarse tentar por otros triunfalismos, por triunfalismos mundanos, significa ceder a la concepción de un «cristianismo sin cruz», un «cristianismo a medias». Fue la precisión que quiso hacer el Papa Francisco el 29 de mayo, en su homilía en la misa diaria que celebra en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

El Evangelio del día (Marcos 10, 32-45) describe el camino de Jesús hacia Jerusalén, a quien seguían los discípulos. «Iban por el camino que subía a Jerusalén —explicó el Papa— y Jesús caminaba delante, con decisión. Podemos pensar también, deprisa». Reflexionando sobre los sentimientos que se agitaban en ese momento en el corazón de los discípulos, «desalentados» y «asustados», el Santo Padre hizo hincapié en el comportamiento del Señor que les revela la verdad: «Nosotros subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado» a los jefes de los sacerdotes y a los escribas; le condenarán a muerte y le matarán, pero al tercer día resucitará. Jesús «dice la verdad» y les muestra el camino que culmina «al tercer día».

A pesar de las palabras de Cristo, los discípulos piensan que es mejor detenerse. Y al mismo tiempo —hizo notar el Pontífice— comenzaron a discutir entre ellos «cómo organizar la Iglesia». Es más, Santiago y Juan «fueron a Jesús a pedirle la función de jefe de gobierno». Pero también los demás «discutían y se preguntaban quién de ellos era el más importante» en esa Iglesia que querían organizar. Cristo estaba ante el cumplimiento de su misión —destacó el Papa— mientras sus discípulos discutían sobre «otro proyecto, otro punto de vista de la Iglesia».

Hoy —subrayó el Pontífice— el peligro es ceder a la «tentación de un cristianismo sin cruz. Un cristianismo a mitad de camino». Es la tentación del triunfalismo: «Nosotros queremos el triunfo ahora —dijo— sin ir por la cruz. Un triunfo mundano, un triunfo razonable». «El triunfalismo en la Iglesia paraliza a la Iglesia —alertó—. El triunfalismo de nosotros cristianos paraliza a los cristianos. Una Iglesia triunfalista es una Iglesia a mitad de camino». Una Iglesia que se contentara con estar «bien organizada, con todas las oficinas, todo en su lugar, todo bonito, eficiente», pero que renegara a los mártires sería «una Iglesia que sólo piensa en los triunfos, en el éxito; que no tiene el estilo de Jesús: la norma del triunfo a través del fracaso. El fracaso humano, el fracaso de la cruz. Y esta es una tentación que todos nosotros tenemos».

Al respecto, el Papa recordó un episodio de su vida: «Una vez, me encontraba en un momento oscuro de mi vida espiritual y pedía una gracia al Señor. Fui a predicar ejercicios espirituales a unas religiosas y el último día se confesaron.

Vino una hermana anciana, de más de ochenta años, con los ojos claros, realmente luminosos. Era una mujer de Dios. Al final le dije: "Hermana, como penitencia rece por mí, porque necesito una gracia, ¿eh? Si usted la pide al Señor, seguro que me la dará". Ella se detuvo un momento, como si rezara, y me dijo esto: "Seguro que el Señor le dará la gracia, pero no se equivoque: a su modo divino". Esto me hizo mucho bien: sentir que el Señor nos da siempre lo que pedimos pero lo hace con su modo divino». Este modo —aclaró el Papa — «implica la cruz. No por masoquismo, no, no: por amor, por amor hasta el final».

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 7 de junio de 2013

Son muchos los cristianos que no conocen la alegría. Si aprendieran a salir de sí mismos y a dar gracias a Dios, «comprenderían realmente esa alegría que nos hace libres». Este fue el núcleo de la homilía del Papa Francisco en la celebración eucarística del 31 de mayo, fiesta de la Visitación.

«Las dos lecturas del día —apuntó el Pontífice refiriéndose a Sofonías (3, 14-18) y al Evangelio de Lucas (1, 39-56)— nos hablan de alegría, de gozo: “alégrate, grita de alegría”, dice Sofonías. Gritar de alegría. ¡Es fuerte esto! “El Señor está contigo”; no temas; “no dejes caer los brazos”. El Señor es poderoso; se alegrará por ti». Y en el relato evangélico, la alegría caracteriza la visita de María a Isabel. El Papa se fijó en ese «salto del niño en el seno de Isabel», revelado por ésta a María: «He aquí que en cuanto oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno».

«Todo es alegría. Pero nosotros cristianos —indicó el Obispo de Roma— no estamos muy acostumbrados a hablar de alegría, de gozo. Creo que muchas veces nos gustan más los lamentos. ¿Qué es la alegría? La clave para comprender esta alegría es lo que dice el Evangelio: “Isabel fue colmada de Espíritu Santo”. Es el Espíritu Santo quien nos da la alegría».

El Papa habló de otro aspecto de la alegría que nos viene del Espíritu.

«Pensemos —dijo— en ese momento en el que la Virgen y san José llevaron a Jesús al templo para cumplir la Ley». Estaban también allí dos ancianos; pero el Evangelio no dice que estos fueron allí para cumplir la Ley, sino más bien impulsados por la «fuerza del Espíritu Santo. El Espíritu les condujo al templo». De modo que, ante Jesús, «hacen una oración de alabanza: éste es el Mesías, ¡bendito sea al Señor! Y hacen también una liturgia espontánea de alegría». Es la fidelidad madurada durante tantos años de espera del Espíritu Santo lo que hace que «este Espíritu venga y les dé la alegría».

«Es precisamente el Espíritu quien nos guía. Él es el autor de la alegría, el creador de la alegría. Y esta alegría en el Espíritu nos da la verdadera libertad cristiana. Sin alegría, nosotros, cristianos, no podemos llegar a ser libres. Nos convertimos en esclavos de nuestras tristezas», constató; en cambio, la alegría cristiana deriva precisamente de la alabanza a Dios. «¿Qué es este alabar a Dios?», se preguntó el Papa. «Alabarle a Él gratuitamente, como es gratuita la gracia que Él nos da» fue su respuesta. Y «la eternidad será esto: alabar a Dios. Pero esto no será aburrido, será bellissimo. Esta alegría nos hace libres». El Papa concluyó con una observación: «Es precisamente la Virgen quien trae las alegrías. La Iglesia la llama causa de nuestra alegría, *causa nostrae letitiae*. ¿Por qué? Porque trae nuestra alegría más grande, trae a Jesús. Y trayendo a Jesús hace que “este niño salte de alegría en el seno de la madre”. Ella trae a

Jesús. Ella con su oración hace que el Espíritu Santo irrumpa. Irrumpe ese día de Pentecostés; estaba allí. Debemos rezar a la Virgen para que al traer a Jesús nos dé la gracia de la alegría, de la libertad; nos dé la gracia de alabar, de hacer oración de alabanza gratuita, porque Él es digno de alabanza, siempre».

Junio 2013.

- 1 de junio de 2013. **El escándalo de la Encarnación.**
- 3 de junio de 2013. **Los grandes desmemoriados.**
- 4 de junio de 2013. **Aprendamos el lenguaje de los niños.**
- 5 de junio de 2013. **En el subsuelo de la existencia.**
- 6 de junio de 2013. **Desenmascarando ídolos ocultos.**
- 7 de junio de 2013. **Cercanía y ternura.**
- 8 de junio de 2013. **Entre estupor y memoria.**
- 10 de junio de 2013. **Puertas abiertas a la consolación.**
- 11 de junio de 2013. **Los signos de la gratuidad.**
- 12 de junio de 2013. **Ese progresismo adolescente.**
- 13 de junio de 2013. **Cuando la lengua mata.**
- 14 de junio de 2013. **La humildad concreta.**
- 15 de junio de 2013. **La prisa del cristiano.**
- 17 de junio de 2013. **La nada y el todo.**
- 18 de junio de 2013. **El arte de amar a los enemigos.**
- 19 de junio de 2013. **Esos tipos de hipócritas.**
- 20 de junio de 2013. **Orar a Nuestro Padre.**
- 21 de junio de 2013. **Un corazón en búsqueda del verdadero tesoro.**
- 22 de junio de 2013. **Los pilares de la salvación cristiana.**
- 24 de junio de 2013. **Siguiendo el ejemplo de san Juan, voz de la Palabra.**
- 26 de junio de 2013. **La alegría de la paternidad pastoral.**
- 27 de junio de 2013. **Cristianos de acción y de verdad.**
- 28 de junio de 2013. **La paciencia de Dios.**

1 de junio de 2013. El escándalo de la Encarnación.

Sábado.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 7 de junio de 2013

El «escándalo» de un Dios que se hizo hombre y murió en la cruz fue el centro de la homilía del 1 de junio. El recuerdo del mártir Justino, en su memoria litúrgica, dio al Papa Francisco ocasión de reflexionar sobre la coherencia de vida y el núcleo fundamental de la fe de cada cristiano: la cruz. «Nosotros podemos hacer todas las obras sociales que queramos —expresó— y dirán "¡qué bien la Iglesia! ¡Qué bien las obras sociales que hace la Iglesia! Pero si decimos que hacemos esto porque esas personas son la carne de Cristo, llega el escándalo».

Justino, por el escándalo de la cruz, se ganó la persecución del mundo. Él anunció al Dios que vino entre nosotros y se identificó con sus criaturas. El anuncio de Cristo crucificado y resucitado desconcierta a sus oyentes, pero él continúa testimoniando esta verdad con la coherencia de vida. «La Iglesia —comentó el Pontífice—, no es una organización de cultura, de religión, tampoco social; no es eso. La Iglesia es la familia de Jesús. La Iglesia confiesa que Jesús es el Hijo de Dios que se hizo carne. Este es el escándalo, y por esto perseguían a Jesús». Sin la Encarnación del Verbo falta el fundamento de nuestra fe, como subrayó el Santo Padre.

E hizo referencia al Evangelio de Marcos (11, 27-33), leído en la liturgia: en particular a la pregunta planteada a Jesús por parte de los sacerdotes, los escribas y los ancianos de Jerusalén: «¿Con qué autoridad haces esto?». ¿Por qué Jesús constituía un problema? «No es porque hiciera milagros», respondió el Papa. Ni porque predicara y hablara de la libertad del pueblo. «El problema que escandalizaba a esta gente —dijo— era aquello que los demonios gritaban a Jesús: "Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el santo". Esto, esto es el centro». Lo que escandaliza de Jesús es su naturaleza de Dios encarnado. Y como a Él, también a nosotros «nos tienden trampas en la vida»; lo que escandaliza de la Iglesia es el misterio de la encarnación del Verbo. También ahora oímos decir a menudo: «Pero vosotros cristianos, sed un poco más normales, como las otras personas, sensatas, no seáis tan rígidos». Detrás, en realidad, está la petición de no anunciar que «Dios se hizo hombre», porque «la encarnación del Verbo es el escándalo».

Cuando el sumo sacerdote le pregunta: «¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios?», Jesús responde que sí e inmediatamente es condenado a muerte. «Este es el centro de la persecución», subrayó el Pontífice. De hecho, «si nosotros nos convertimos en cristianos sensatos, cristianos sociales, de beneficencia solamente, ¿cuál será la consecuencia? Que no tendremos jamás mártires». Al

contrario, cuando afirmamos que «el Hijo de Dios vino y se hizo carne, cuando predicamos el escándalo de la cruz, vendrán las persecuciones, vendrá la cruz».

El Papa Francisco exhortó a los fieles a pedir al Señor «no tener vergüenza de vivir con este escándalo de la cruz». E invitó a implorar de Dios la sabiduría, la inteligencia «para no dejarse atrapar por el espíritu del mundo, que siempre hará propuestas educadas, propuestas civilizadas». Propuestas que realmente niegan «el hecho de que el Verbo se encarnó».

3 de junio de 2013. Los grandes desmemoriados.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 7 de junio de 2013

El pensamiento del Papa Francisco se dirigió, el 3 de junio, a su predecesor Juan XXIII —«un modelo de santidad», le definió— para recordar el 50º aniversario de su muerte, pero también y sobre todo para relanzar su testimonio en un tiempo en que, incluso en la Iglesia, hay quien elige el camino de la corrupción antes que la senda del amor como respuesta al don de Dios por el hombre. Al testimonio de la santidad el Pontífice había ya hecho alusión en la oración inicial de la misa en Sanctae Marthae al recordar la fiesta de los santos Carlos Lwanga y compañeros mártires de Uganda.

En su homilía, el Santo Padre reflexionó sobre el Evangelio de Marcos (12, 1-12). «Se me ocurre pensar —comenzó— en las tres figuras de cristianos en la Iglesia: los pecadores, los corruptos, los santos. De los pecadores no es necesario hablar demasiado, porque todos nosotros lo somos». La figura sobre la que más habló el Santo Padre fue la de los corruptos. En la parábola evangélica —explicó— Jesús habla del gran amor del propietario de una viña, símbolo del pueblo de Dios: «Él nos ha llamado con amor, nos protege. Pero luego nos da la libertad, nos da todo este amor “en alquiler”. Es como si nos dijera: Cuida y custodia tú mi amor como yo te custodio a ti. Es el diálogo entre Dios y nosotros: custodiar el amor. Todo comienza con este amor».

Luego, sin embargo, los campesinos a quienes se les confió la viña «se sintieron fuertes, se sintieron autónomos de Dios», prosiguió el Santo Padre. Y así «se adueñaron de esa viña; y perdieron la relación con el dueño de la viña. Y cuando alguien acude a retirar la parte de la cosecha que corresponde al dueño, le golpean, le insultan, le dan muerte». Esto significa perder la relación con Dios, no percibir ya la necesidad «de ese patrono». Es lo que hacen los «corruptos, aquellos que eran pecadores como todos nosotros, pero que dieron un paso más»: se «consolidaron en el pecado y no sienten la necesidad de Dios». O al menos, se creen que no la sienten, porque —explicó el Obispo de Roma— «en el código genético existe esta tendencia hacia Dios. Y como no pueden negarlo, se hacen un dios especial: ellos mismos».

He ahí quiénes son los corruptos. Y «esto es un peligro también para nosotros: convertirnos en corruptos. Los corruptos están en las comunidades cristianas y hacen mucho mal. Jesús habla a los doctores de la Ley, a los fariseos, que eran corruptos; les dice que son sepulcros blanqueados. En las comunidades cristianas los corruptos son así. Se dice: Ah, es buen cristiano, pertenece a tal cofradía; bueno, es uno de nosotros. Pero nada: existen para ellos mismos. Judas empezó siendo pecador avaro y acabó en la corrupción. La senda de la

autonomía es un camino peligroso. Los corruptos son grandes desmemoriados, olvidaron este amor con el que el Señor hizo la viña y los hizo a ellos.

Cortaron la relación con este amor y se convirtieron en adoradores de sí mismos. ¡Cuánto mal hacen los corruptos en las comunidades cristianas! El Señor nos libre de deslizarnos por el camino de la corrupción».

Pero en la Iglesia están también los santos. «Ahora —dijo el Pontífice— me gusta hablar de los santos; y me complace hacerlo en el 50º aniversario de la muerte del Papa Juan XXIII, modelo de santidad». En la parábola del Evangelio, los santos —explicó el Papa Francisco— «son aquellos que van a buscar el alquiler y saben lo que les espera. Pero deben hacerlo y cumplen con su deber. Los santos: aquellos que obedecen al Señor, quienes adoran al Señor, quienes no perdieron la memoria del amor con el que el Señor hizo la viña. Y así como los corruptos hacen mucho mal a la Iglesia, los santos hacen mucho bien».

«De los corruptos, el apóstol Juan dice que son el anticristo, que están en medio de nosotros, pero no son de los nuestros. De los santos, la Palabra de Dios nos habla como de luz: aquellos que estarán ante el trono de Dios, en adoración. Pidamos al Señor la gracia de sentirnos pecadores. La gracia de no llegar a ser corruptos. Y la gracia —concluyó— de ir por el camino de la santidad».

4 de junio de 2013. Aprendamos el lenguaje de los niños.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 7 de junio de 2013

El Papa Francisco volvió a hablar de la corrupción el 4 de junio, cuando, en su homilía, propuso una reflexión sobre el lenguaje que a menudo usan los corruptos, es decir, el lenguaje de la hipocresía: el mismo —dijo— que usó Satanás en el desierto cuando tentó a Jesús.

El Pontífice se inspiró en el Evangelio de Marcos (12, 13-17), que relata el intento de «algunos fariseos y herodianos» de hacer caer a Jesús en una trampa. «Fueron a Jesús para sorprenderle en falta. Simulaban conocer la verdad, pero la intención era otra: hacerle caer en la trampa. Fueron y dijeron: "Maestro, sabemos que eres veraz y no te preocupa lo que digan; porque no te fijas en apariencias, sino que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad". Ellos, sin embargo, no creían en lo que decían. Era una adulación». Tal «es precisamente el discurso del adulador, quien va con palabras blandas, con palabras bonitas, con palabras demasiado azucaradas». Ayer —recordó el Santo Padre— «hablamos de los corruptos. Hoy encontramos el lenguaje de los corruptos. ¿Cuál es su idioma? Este: el idioma de la hipocresía»: «no aman la verdad. Se aman sólo a sí mismos, y, de este modo, buscan engañar, implicar al otro en su engaño, en su mentira. Tienen el corazón mentiroso; no pueden decir la verdad».

De este modo, los fariseos que son «tan amables en el lenguaje —prosiguió el Papa volviendo al relato evangélico—, son los mismos que irán el jueves por la noche a detenerle en el Huerto de los Olivos y el viernes le conducirán a Pilato. Y con Pilato usarán el mismo idioma: nosotros tenemos sólo un rey, que es César». Este lenguaje es un intento de «persuasión diabólica». En efecto, quienes en ese momento "alababan" a Cristo, «terminan traicionándole y mandándole a la cruz. Jesús, mirándolos a la cara, les dice esto: ¡hipócritas!». En cambio, «la mansedumbre que Jesús quiere de nosotros no tiene nada que ver con esta adulación. La mansedumbre es sencilla, como la de un niño; y un niño no es hipócrita, porque no es corrupto. Cuando Jesús nos dice: que vuestro modo de hablar sea: "sí, sí", "no, no", con alma de niño, nos dice lo contrario de aquello que dicen los corruptos». «Que nuestro hablar sea evangélico», deseó el Santo Padre. Y «pidamos hoy al Señor que nuestro modo de hablar sea el de la sencillez, el de los niños, hablar como hijos de Dios: por lo tanto, hablar en la verdad del amor».

5 de junio de 2013. En el subsuelo de la existencia.

Miércoles.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 7 de junio de 2013

Por las personas que viven «en el subsuelo de la existencia», en condiciones «límite», y que perdieron la esperanza, el Papa Francisco rezó durante la misa el 5 de junio. La invitación a pensar en los muchos que experimentan situaciones de abandono y «de sufrimiento existencial» fue la sugerencia de las lecturas de la liturgia del día. En la del libro de Tobías (3, 1-11.16-17) el Papa identificó en las experiencias de Tobit y de Sara las historias de dos personas que sufren, al límite de la desesperación, en vilo entre la vida y la muerte. Ambos están en busca de «una vía de escape», que encuentran lamentándose. «No blasfeman, pero se lamentan» puntualizó el Santo Padre. «Lamentarse ante Dios no es pecado», afirmó. E inmediatamente contó: «Un sacerdote, a quien conozco, una vez le dijo a una mujer que se lamentaba ante Dios por sus calamidades: "Señora, esa es una manera de orar, continúe". El Señor oye, escucha nuestros lamentos».

El Pontífice recordó también el ejemplo de Job y de Jeremías que «se lamentan incluso con una maldición: no contra el Señor, sino por tal situación». Por lo demás lamentarse «es humano», también porque «son muchas las personas en este estado de sufrimiento existencial».

Las personas que sufren —explicó— «deben entrar en mi corazón, deben causar una inquietud en mí. Mi hermano sufre, mi hermana sufre; he ahí el misterio de la comunión de los santos. Ora: "Señor mira a aquél, llora, sufre". Orar, permitidme decirlo, con la carne»: «no con las ideas; rezar con el corazón».

Finalmente el Pontífice puso de relieve en la primera lectura una palabra «que abre la puerta a la esperanza» y que puede ayudar en la oración. Es la expresión «en aquel instante»: cuando Tobit rezaba, «en aquel instante» Sara rezaba; y «en aquel instante» la oración de ambos fue escuchada delante de la gloria de Dios. «La oración —dijo el Santo Padre— llega siempre ante la gloria de Dios. Siempre, cuando es una oración del corazón».

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes 14 de junio de 2013

Descubrir «los ídolos ocultos en los numerosos dobleces que tenemos en nuestra personalidad», «expulsar los ídolos de la mundanidad, que nos convierte en enemigos de Dios»: fue la invitación del Papa Francisco durante la misa matutina del 6 de junio, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae. La exhortación a emprender «el camino del amor a Dios», a ponerse en «camino para llegar» a su Reino, fue la coronación de una reflexión centrada en el Evangelio de Marcos (12, 28-34), cuando Jesús responde al escriba que le interroga sobre cuál es el más importante de los mandamientos. La primera observación del Pontífice fue que Jesús no responde con una explicación, sino que usa la Palabra de Dios: «¡Escucha, Israel! El Señor nuestro Dios es el único Señor».

«La confesión de Dios se realiza en la vida, en el camino de la vida; no basta decir —advirtió el Papa—: yo creo en Dios, el único»; sino que requiere preguntarse cómo se vive este mandamiento. En realidad, con frecuencia se sigue «viviendo como si Él no fuera el único Dios» y como si existieran «otras divinidades a nuestra disposición». Es lo que el Papa Francisco define como «el peligro de la idolatría», la cual «llega a nosotros con el espíritu del mundo». Pero ¿cómo desenmascarar estos ídolos? El Santo Padre ofreció un criterio de valoración: son los que llevan a contrariar el mandamiento «¡Escucha, Israel! El Señor nuestro Dios es el único Señor». Por ello «el camino del amor a Dios —amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma— es un camino de amor; es un camino de fidelidad». Hasta el punto de que «al Señor le complace hacer la comparación de este camino con el amor nupcial». Y esta fidelidad nos impone «expulsar los ídolos, descubrirlos», porque existen y están bien «ocultos, en nuestra personalidad, en nuestro modo de vivir»; y nos hacen infieles en el amor.

Jesús propone «un camino de fidelidad», según una expresión que el Papa Francisco encuentra en una de las cartas del apóstol Pablo a Timoteo: «Si no eres fiel al Señor, Él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo. Él es la fidelidad plena. Él no puede ser infiel. Tanto es el amor que tiene por nosotros». Mientras que nosotros, «con las pequeñas o no tan pequeñas idolatrías que tenemos, con el amor al espíritu del mundo», podemos llegar a ser infieles. La fidelidad es la esencia de Dios que nos ama.

7 de junio de 2013. Cercanía y ternura.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes 14 de junio de 2013

La «ciencia de la caricia» manifiesta dos pilares del amor: la cercanía y la ternura. Y «Jesús conoce bien esta ciencia». Fue la afirmación del Papa Francisco al celebrar el 7 de junio la misa de la solemnidad del Sacratísimo Corazón de Jesús.

Refiriéndose a las lecturas del día tomadas del libro del profeta Ezequiel (34, 11-16), de la carta de san Pablo a los Romanos (5, 5-11) y del Evangelio de Lucas (15, 3-7), el Pontífice definió la solemnidad del Sagrado Corazón como la «fiesta del amor»: Jesús «quiso mostrarnos su corazón como el corazón que tanto amó. Pienso en lo que nos decía san Ignacio» —apuntó—; «nos indicó dos criterios sobre el amor. Primero: el amor se manifiesta más en las obras que en las palabras. Segundo: el amor está más en dar que en recibir».

El amor de Dios se muestra en la figura del pastor, recordó el Papa, subrayando que Jesús nos dice: «Yo conozco a mis ovejas». «Es conocer una por una, con su nombre. Así nos conoce Dios: no nos conoce en grupo, sino uno a uno. Porque el amor no es un amor abstracto, o general para todos; es un amor por cada uno. Y así nos ama Dios», afirmó. Y todo esto se traduce en cercanía. Dios «se hace cercano por amor —añadió— y camina con su pueblo. Y este caminar llega a un punto inimaginable: jamás se podría pensar que el Señor mismo se hace uno de nosotros y camina con nosotros, y permanece con nosotros, permanece en su Iglesia, se queda en la Eucaristía, se queda en su Palabra, se queda en los pobres y se queda con nosotros caminando. Esta es la cercanía. El pastor cercano a su rebaño, a sus ovejas, a las que conoce una por una».

Reflexionando sobre la otra actitud del amor de Dios, el Pontífice recalcó que de ella habla «el profeta Ezequiel, pero también el Evangelio: Iré en busca de la oveja perdida y conduciré al ovil a la extraviada; vendaré a la herida; fortaleceré a la enferma; a la que esté fuerte y robusta la guardaré; la apacentaré con justicia. El Señor nos ama con ternura. El Señor sabe la bella ciencia de las caricias. La ternura de Dios: no nos ama de palabra; Él se aproxima y estándonos cerca nos da su amor con toda la ternura posible». Cercanía y ternura son «las dos maneras del amor del Señor, que se hace cercano y da todo su amor también en las cosas más pequeñas con ternura». Sin embargo se trata de un «amor fuerte», «porque cercanía y ternura nos hacen ver la fuerza del amor de Dios».

Y aunque «pueda parecer una herejía, imás difícil que amar a Dios es dejarse amar por Él!», constató el Papa, explicando el «modo de restituir a Él tanto

amor: abrir el corazón y dejarse amar».

8 de junio de 2013. Entre estupor y memoria.

Sábado

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes 14 de junio de 2013

La Palabra de Dios, que al oírla «provoca estupor», se ha de custodiar celosamente en lo profundo del corazón. Esta fue la exhortación del Pontífice en su homilía del 8 de junio. Estupor es lo que percibieron quienes escuchaban a Jesús —cuando tenía doce años— en el Templo ante los doctores que le interrogaban, como relata el Evangelio de Lucas (2, 41-51), igual que quedaron asombrados José y María al encontrar a Jesús, a quien buscaban desde hacía tres días. El primer efecto de la Palabra de Dios es, por lo tanto, el de asombrar, puesto que en ella volvemos a encontrar el sentido de lo divino, señaló el Santo Padre: «Y después nos da alegría. Pero el estupor es más que la alegría. Es un momento en el cual se siembra la Palabra de Dios en nuestro corazón».

Custodiar la Palabra de Dios —explicó el Papa— «quiere decir abrir nuestro corazón» a ella, «como la tierra se abre para recibir la semilla. La Palabra de Dios es semilla y se siembra. Y Jesús nos dijo lo que sucede con la semilla. Algunas caen a lo largo del camino, vienen los pájaros y las comen». Esto sucede cuando no se custodia la Palabra. Significa que ciertos «corazones no saben recibirla». Sucede también que otras semillas caen «en una tierra con muchas piedras y la semilla no logra echar raíces y muere», es decir, cuando no somos capaces de custodiarla porque no somos constantes; y cuando llega una tribulación nos olvidamos de ella.

«La Palabra cae también en tierra no preparada —agregó el Pontífice—, donde hay espinas, y al final muere» porque «no se la custodia». Pero, ¿qué son las espinas? Lo dice Jesús mismo: «El apego a las riquezas, los vicios, todas estas cosas».

Custodiar la Palabra de Dios es recibirla en nuestro corazón», insistió el Papa Francisco. Pero es necesario «preparar nuestro corazón para recibirla. Meditar siempre sobre lo que nos dice esta Palabra hoy, mirando lo que sucede en la vida». Leer «la vida con la Palabra de Dios: esto significa custodiar». Pero significa también hacer memoria. «La memoria —dijo al respecto el Pontífice— es una custodia de la Palabra de Dios, nos ayuda a custodiarla, a recordar todo lo que el Señor ha hecho en mi vida, todas las maravillas de la salvación».

10 de junio de 2013. Puertas abiertas a la consolación.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes 14 de junio de 2013

¿Por qué hay personas que tienen el corazón cerrado a la salvación? Este fue el interrogante que planteó el Santo Padre en la celebración de la misa el 10 de junio. Una pregunta que encuentra respuesta y explicación en la palabra «miedo». «Tenemos necesidad» de la salvación, pero al mismo tiempo «tenemos miedo», porque —dijo el Papa— «cuando el Señor viene para salvarnos debemos darle todo» y en ese momento «manda Él; y de esto tenemos miedo». Los hombres, en efecto, quieren «mandar», quieren ser «los dueños» de ellos mismos. Y así «la salvación no llega, la consolación del Espíritu no llega».

En la liturgia del día el pasaje del Evangelio de Mateo (5, 1-12) sobre las Bienaventuranzas dio ocasión al Papa para reflexionar sobre la relación entre salvación y libertad. Sólo la salvación que llega con la consolación del Espíritu —afirmó— nos hace libres: es «la libertad que nace del Espíritu Santo que nos salva, nos consuela, nos da vida». Pero para comprender plenamente las Bienaventuranzas y lo que significa «ser pobres, ser mansos, ser misericordiosos» —cosas que «no parece» que nos «conduzcan al éxito»— es necesario custodiar «el corazón abierto» y haber «gustado bien la consolación del Espíritu Santo que es salvación».

En efecto, la consolación «es la presencia de Dios en nuestro corazón. Pero para que el Señor esté en nuestro corazón es necesario abrir la puerta», recalcó el Papa. De ahí que invocara «la gracia de abrir nuestro corazón a la consolación del Espíritu Santo, para que esta consolación, que es la salvación, nos haga comprender bien» los nuevos mandatos contenidos en el Evangelio de las Bienaventuranzas.

11 de junio de 2013. **Los signos de la gratuidad.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes 14 de junio de 2013

Pobreza y alabanza de Dios: son las dos coordenadas principales de la misión de la Iglesia, los «signos» que revelan al pueblo de Dios si «un apóstol vive la gratuidad». Lo indicó el Papa Francisco el 11 de junio partiendo de las lecturas del día —de los Hechos de los apóstoles (11, 21-26; 13, 1-3) y del Evangelio de Mateo (10, 7-13)—. «La predicación evangélica nace de la gratuidad, del estupor de la salvación que llega; y eso que he recibido gratuitamente, debo darlo gratuitamente», expresó; esto se ve cuando Jesús envía a sus apóstoles y les da las instrucciones para la misión que les espera. «Son indicaciones —evidenció el Santo Padre— muy sencillas: no os procuréis oro, ni plata, ni dinero». Esta misión de salvación, como añade Jesús, consiste en curar a los enfermos, resucitar a los muertos, purificar a los leprosos y expulsar los demonios. Se trata de una misión —especificó el Papa Francisco— para acercar a los hombres al Reino de Dios. Y el Señor quiere para los apóstoles «sencillez» de corazón y disponibilidad para dejar espacio «al poder de la Palabra de Dios».

La frase clave de las consignas de Cristo a sus discípulos es precisamente «gratuitamente habéis recibido, gratuitamente dad»: palabras en las que se comprende toda «la gratuidad de la salvación». Porque —aclaró el Pontífice— «no podemos predicar, anunciar el Reino de Dios, sin esta certeza interior de que todo es gratuito, todo es gracia». Es lo que afirmaba san Agustín: *Quaere causam et non invenies nisi gratiam*. Cuando actuamos sin dejar espacio a la gracia —afirmó el Papa— entonces «el Evangelio no tiene eficacia». Entre los muchos signos de la gratuidad, el Papa Francisco indicó especialmente la pobreza y la alabanza a Dios. De hecho el anuncio del Evangelio debe pasar por el camino de la pobreza y su testimonio: «No tengo riquezas, mi riqueza es sólo el don que he recibido de Dios. Esta gratuidad es nuestra riqueza». Es una pobreza que «nos salva de convertirnos en organizadores, empresarios». El Papa admitió que «se deben llevar adelante obras de la Iglesia» y que «algunas son un poco complejas», pero es necesario hacerlo «con corazón de pobreza, no con corazón de inversión o como un empresario, porque la Iglesia no es una ONG. Es algo más importante. Nace de esta gratuidad recibida y anunciada».

En cuanto a la capacidad de alabar, el Santo Padre aclaró que cuando un apóstol no vive la gratuidad, pierde también la capacidad de alabar al Señor, «porque alabar al Señor es esencialmente gratuito. Es una oración gratuita. No sólo pedimos, alabamos». En cambio —concluyó— «cuando encontramos

apóstoles que quieren hacer una Iglesia rca, una Iglesia sin la gratuidad de la alabanza», la Iglesia «envejece, se convierte en una ONG, no tiene vida».

12 de junio de 2013. Ese progresismo adolescente.

Miércoles.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes 14 de junio de 2013

Son dos las tentaciones que se han de afrontar en este momento de la historia de la Iglesia: retroceder por ser temerosos de la libertad que viene de la ley «realizada en el Espíritu Santo» y ceder a un «progresismo adolescente», es decir, propenso a seguir los valores más fascinantes propuestos por la cultura dominante. El Papa Francisco habló de ello el 12 de junio en su homilía, comentando las lecturas —de la segunda carta de san Pablo a los Corintios (3, 4-11) y del Evangelio de san Mateo (5, 17-19)— al celebrar la misa en la Domus Sanctae Marthae. Se centró sobre todo en las explicaciones dadas por Jesús a quienes le acusaban de querer cambiar la ley de Moisés. Él los tranquiliza diciendo: «Yo no vengo a abolir la ley sino a darle pleno cumplimiento».

Esta ley «es sagrada —observó el Papa— porque conducía al pueblo a Dios». Por lo tanto, «no se puede tocar». Había quien decía que Jesús «cambiaba esta ley». Él, en cambio, buscaba hacer entender que se trataba de un camino que conduciría «al crecimiento», es más, a la «plena madurez de esa ley. Y decía: Yo vengo a dar cumplimiento. Así como el brote que “despunta” y nace la flor, así es la continuidad de la ley hacia su madurez. Y Jesús es la expresión de la madurez de la ley».

El Pontífice reafirmó luego el papel del Espíritu Santo en la transmisión de esta ley. En efecto, «Pablo dice que esta ley del Espíritu la tenemos por medio de Jesucristo, porque no somos capaces de pensar algo como procedente de nosotros; nuestra capacidad viene de Dios. Y la ley que Dios nos da es una ley madura, la ley del amor, porque hemos llegado a la última hora. El apóstol Juan dice a su comunidad: Hermanos, hemos llegado a la última hora. A la hora del cumplimiento de la ley. Es la ley del Espíritu, la que nos hace libres». Sin embargo, se trata de una libertad que, en cierto sentido, nos da miedo. «Porque —precisó el Pontífice— se puede confundir con cualquier otra libertad humana». Y «la ley del Espíritu nos lleva por el camino del discernimiento continuo para hacer la voluntad de Dios»: también esto nos asusta.

Pero cuando nos asalta este miedo corremos el riesgo de sucumbir a dos tentaciones —advirtió el Santo Padre. La primera es la de «volver atrás porque no estamos seguros. Pero esto interrumpe el camino». Es «la tentación del miedo a la libertad, del miedo al Espíritu Santo: el Espíritu Santo nos da miedo». Pero «la seguridad plena está en el Espíritu Santo que te conduce hacia adelante, que te da confianza y, como dice Pablo, es más exigente: en efecto, Jesús dice que “antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse

hasta la última letra o tilde de la ley". Por lo tanto es más exigente, incluso si no nos da la seguridad humana porque no podemos controlar al Espíritu Santo».

La segunda tentación es la que el Papa definió como «progresismo adolescente». No se trata de auténtico progreso: es una cultura que avanza, de la que no logramos desprendernos y de la cual tomamos las leyes y los valores que más nos gustan, como hacen precisamente los adolescentes. Al final, el riesgo que se corre es el de resbalar y salirse del camino. Según el Pontífice, se trata de una tentación recurrente en este momento histórico para la Iglesia. «No podemos retroceder —dijo el Papa— y deslizarnos fuera del camino». El camino a seguir es este: «La ley es plena, siempre en continuidad, sin cortes: como la semilla que acaba en la flor, en el fruto. El camino es el de la libertad en el Espíritu Santo, que nos hace libres, en el discernimiento continuo sobre la voluntad de Dios, para seguir adelante por este camino, sin retroceder» y sin resbalar. Y concluyó: «Pidamos el Espíritu Santo que nos da vida, que lleva hacia adelante, que lleva a la plena madurez esa ley que nos hace libres».

13 de junio de 2013. Cuando la lengua mata.

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 21 de junio de 2013

El enfado y el insulto al hermano pueden matar. Fue la advertencia del Papa Francisco —el 13 de junio, en la misa que celebra al empezar cada día en la capilla de la Domus Sanctae Marthae— comentando el pasaje del evangelio de Mateo (5, 20-26), donde se narra que quien se enfada con el propio hermano será procesado. Y al aludir también a san Juan, quien, respecto a aquel que expresa resentimiento y odio hacia el hermano, en realidad, en su corazón, ya lo mata, el Papa puso de relieve la necesidad de entrar en la lógica del perfeccionamiento, es decir, «ajustar nuestra conducta». Evidentemente se refiere al tema de «desacreditar al hermano a partir de pasiones interiores nuestras. Y en concreto el insulto». El Pontífice hizo notar irónicamente cuánto se ha extendido «en la tradición latina» recurrir al insulto con «una creatividad maravillosa, porque vamos inventando uno tras otro».

Cuando Jesús pronunció las palabras que recoge el Evangelio del día —recordó el Pontífice, hablando en esta ocasión en su español, ante la presencia de un nutrido grupo de argentinos—, inicia con una frase: «la justicia de ustedes tiene que ser superior a la justicia que están viendo ahora, la de los escribas y fariseos». Por ello —añadió el Santo Padre— quien «entra en la vida cristiana, el que acepta seguir este camino, tiene exigencias superiores a las de los demás». Y aquí una puntualización: «No tiene ventajas superiores. ¡No! Exigencias superiores». Jesús menciona algunas de ellas, como «las exigencias de la convivencia», pero luego indica también «el tema de la relación negativa hacia los hermanos». Las palabras de Jesús —subrayó— no dejan vía de escape: «Ustedes han oído que se dijo en el pasado: no matarás. Y el que mata debe ser llevado al tribunal. Pero yo les digo que todo aquel que se enoja contra su hermano merece ser condenado, y todo aquel que lo insulta merece ser castigado por el tribunal». Respecto al insulto —indicó el Papa—, Jesús es aún más radical y «va mucho más allá». Porque dice que cuando ya «en tu corazón hay algo negativo» contra el hermano y se expresa «con un insulto, con una maldición o con enojo, hay algo que no funciona, y te tenés que convertir, tenés que cambiarlo».

El Papa Francisco pidió al Señor la gracia para todos de «cuidar un poquito más la lengua con lo que decimos de los demás». Sin duda es «una pequeña penitencia, pero da buenos frutos». E insistió en la necesidad de pedir al Señor la gracia de «ajustar nuestra vida a esta nueva ley, que es ley de la mansedumbre, ley del amor, ley de la paz».

14 de junio de 2013. La humildad concreta.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 21 de junio de 2013

Sin la humildad, sin la capacidad de reconocer públicamente los propios pecados y la propia fragilidad humana, no se puede alcanzar la salvación y tampoco pretender anunciar a Cristo o ser sus testigos. Esto es válido también para los sacerdotes. Y los cristianos siempre deben recordar que la riqueza de la gracia, don de Dios, es un tesoro que se custodia en «vasijas de barro» a fin de que sea claro el poder extraordinario de Dios, del que nadie se puede adueñar «para el curriculum personal». El Papa Francisco invitó una vez más a reflexionar sobre el tema de la humildad cristiana en la misa del 14 de junio. Las lecturas del día —la segunda carta de san Pablo a los Corintios (4, 7-15) y el Evangelio de san Mateo (5, 27-32)— centraron la meditación del Papa, que relacionó la imagen de la «belleza de Jesús, de la fuerza de Jesús, de la salvación que nos trae Jesús», de la que habla el apóstol Pablo, con la de las «vasijas de barro» en las cuales se contiene el tesoro de la fe.

Los cristianos son como vasijas de barro porque son débiles, en cuanto pecadores. A pesar de ello —subrayó el Santo Padre— entre «nosotros, pobres vasijas de barro», y «el poder de Jesucristo salvador» tiene lugar un diálogo: el «diálogo de la salvación». Pero advirtió de que si este diálogo asume el tono de la autojustificación quiere decir que algo no funciona y no hay salvación. Cada vez que Pablo «nos habla de su curriculum de servicio» —«hice esto, hice aquello, prediqué»— nos habla también de lo referido a sus debilidades, a sus pecados. La humildad del cristiano, como señaló el Pontífice, es la que sigue el camino indicado por el apóstol. Este modelo de humildad es válido también «para nosotros sacerdotes —advirtió—. Si nos gloriamos sólo de nuestro curriculum y nada más acabaremos equivocándonos. No podemos anunciar a Jesucristo salvador porque, en el fondo, no le escuchamos». «Debemos ser humildes —exhortó el Pontífice— pero con una humildad real»; es necesario reconocerse pecadores, concretamente.

«Hermanos —exhortó el Papa—, nosotros tenemos un tesoro: Jesucristo salvador, la cruz de Jesucristo, este tesoro del cual nos enorgullecemos», pero no nos olvidemos «de confesar también los pecados», porque sólo así «el diálogo es cristiano y católico, concreto. Porque la salvación de Jesucristo es concreta».

15 de junio de 2013. La prisa del cristiano.

Sábado.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 21 de junio de 2013

La vida cristiana debe ser siempre inquieta y nunca tranquilizadora.

Ciertamente no es «una terapia terminal para dejarnos en paz hasta el cielo». Es necesario proceder como san Pablo y testimoniar «el mensaje de la auténtica reconciliación», sin preocuparse demasiado por las estadísticas o por hacer prosélitos: es «de locos pero es bello», porque «es el escándalo de la cruz». El Papa volvió a hablar de reconciliación y de ardor apostólico en la homilía del 15 de junio.

Punto de partida del Pontífice, como es habitual, las lecturas del día, en especial la segunda carta de Pablo a los Corintios (5, 14-21). Un «pasaje un poco especial —dijo— porque parece que Pablo está acelerado, va con cierta velocidad. El amor de Cristo nos posee, nos impulsa, nos apremia.

Precisamente esta es la velocidad de Pablo: cuando ve el amor de Cristo no puede permanecer quieto». Así san Pablo es de verdad un hombre que tiene prisa, con «el afán por decirnos algo importante: habla del sí de Jesús, de la obra de reconciliación realizada por Jesús y también de la obra de reconciliación» de Cristo y del apóstol.

De hecho el Santo Padre observó que en la página paulina «se repite cinco veces la palabra reconciliación», como un estribillo. Para decir con claridad que «Dios nos ha reconciliado con Él en Cristo». San Pablo «habla también con fuerza y con ternura cuando dice: yo soy un embajador en nombre de Cristo». Pablo, luego, al proseguir su escrito, parece casi arrodillarse para implorar: «Os suplicamos en nombre de Cristo: dejaos reconciliar con Dios».

Este es «el misterio que hacía a Pablo seguir adelante con celo apostólico, porque es algo maravilloso: el amor de Dios que entregó a su Hijo a la muerte por mí. Cuando Pablo se encuentra ante esta verdad, dice: Él me amó, fue a la muerte por mí. Este es el misterio de la reconciliación». Se trata —propuso el Papa Francisco— de llegar «a esta verdad que nos mueve, a este amor que está en el seno de la vida cristiana: el amor del Padre que en Cristo reconcilia al mundo. Es Dios, en efecto, quien reconcilia consigo al mundo en Cristo, no imputando a los hombres sus culpas y confiándonos la palabra de reconciliación. Cristo nos ha reconciliado. Esta es la actitud del cristiano, esta es la paz del cristiano». Y lo que el Señor quiere de nosotros —precisó— es precisamente el anuncio de la reconciliación, que es el núcleo de su mensaje. Por eso el Papa concluyó su homilía pidiendo que el «Señor nos dé esta urgencia para anunciar a Jesús; nos dé la sabiduría cristiana, que nace precisamente de su costado traspasado por amor». Y que «nos convenza

también de que la vida no es una terapia terminal para estar en paz hasta el cielo. La vida cristiana se conduce por el camino, por la vida, con esta premura de Pablo. El amor de Cristo nos posee, nos impulsa, nos apremia. Con esta emoción que se siente cuando uno ve que Dios nos ama».

17 de junio de 2013. La nada y el todo.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 21 de junio de 2013

«La nada es semilla de guerra, siempre; porque es semilla de egoísmo. El todo, lo grande, es Jesús». Sobre la correcta comprensión de este binomio se basa la mansedumbre y la magnanimidad que caracteriza al cristiano. Así lo aclaró el Papa Francisco el 17 de junio. Comentando las lecturas del día —de la segunda carta de san Pablo a los Corintios (6, 1-10) y del Evangelio de Mateo (5, 38-42)— el Pontífice se centró en el significado de «un clásico» de las enseñanzas evangélicas, es decir, el sentido de lo que Jesús dice respecto de la bofetada recibida en la mejilla, cosa a la que el cristiano responde ofreciendo la otra mejilla. Algo —dijo el Papa— que va contra la lógica del mundo, según la cual a una ofensa se responde con una reacción igual y contraria. En cambio la ley de Jesús, su justicia, «es otra justicia, totalmente distinta a la del “ojo por ojo, diente por diente”».

El Santo Padre se refirió luego a la frase con la que Pablo concluye la página del pasaje leído durante la liturgia. Porque —explicó— «nos dice una palabra que tal vez nos ayudará a comprender el significado de la bofetada en la mejilla y otras cosas. Acaba, en efecto, diciendo esto: “Como gente que no tiene nada, y sin embargo, lo poseemos todo”». «Creo que es ésta —precisó— la clave de interpretación de esta palabra de Jesús, la clave para interpretar bien la justicia que Jesús nos pide, una justicia superior a la de los escribas y fariseos». ¿Cómo se resuelve la tensión entre la nada y el todo? El todo constituye la seguridad cristiana: «Nosotros estamos seguros de que lo poseemos todo, todo —insistió— con la salvación de Jesucristo. Y Pablo estaba convencido de ello hasta el punto de decir: Para mí lo que importa es Jesucristo, lo demás no interesa. En cambio para el espíritu del mundo el todo son las cosas: las riquezas, la vanidad, la importancia», y, al contrario, «la nada es Jesús».

Ello —prosiguió el Santo Padre— se expresa en el hecho de que si a un cristiano se le pide diez, «él debe dar cien», porque «para Él el todo es Jesucristo». Este es «el secreto de la magnanimidad cristiana, que va siempre con la mansedumbre. El cristiano es una persona que ensancha su corazón con esta magnanimidad. Tiene el todo, que es Jesucristo; las demás cosas son la nada. Son buenas, sirven, pero en el momento de la confrontación elige el todo» que es Jesús.

Seguir a Jesús —previno el Pontífice— «no es fácil, pero tampoco es difícil, porque en el camino del amor el Señor hace las cosas de modo tal que nosotros podemos seguir adelante. Y el Señor mismo nos ensancha el

corazón». Cuando, en cambio, se tiende a seguir la nada, entonces «surgen los enfrentamientos en las familias, con los amigos, en la sociedad. También los enfrentamientos que terminan en la guerra», porque «la nada es semilla de guerra, siempre; porque es semilla de egoísmo», mientras que «el todo, lo grande, es Jesús». Que el Señor «ensanche nuestro corazón y nos haga humildes, mansos y magnánimos —rogó—, porque nosotros lo tenemos todo en Él».

18 de junio de 2013. El arte de amar a los enemigos.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 21 de junio de 2013

Amar a nuestros enemigos, a quienes nos persiguen y nos hacen sufrir, es difícil; ni siquiera es un «buen negocio». Sin embargo es el camino indicado y recorrido por Jesús para nuestra salvación. En su homilía del 18 de junio el Pontífice recordó que la liturgia propone estos días reflexionar sobre los paralelismos entre «la ley antigua y la ley nueva, la ley del monte Sinaí y la ley del monte de las Bienaventuranzas». Entrando en las lecturas —de la segunda carta de san Pablo a los Corintios (8, 1-9) y del Evangelio de Mateo (5, 43-48)—, el Santo Padre se detuvo en la dificultad del amor a los enemigos, preguntándose cómo es posible perdonar: «También nosotros, todos nosotros, tenemos enemigos, todos. Algunos enemigos débiles, algunos fuertes. También nosotros muchas veces nos convertimos en enemigos de otros; no les queremos. Jesús nos dice que debemos amar a los enemigos». «Jesús nos dice dos cosas —expresó el Papa afrontando la cuestión de cómo amar a los enemigos—: primero, mirar al Padre. Nuestro Padre es Dios: hace salir el sol sobre malos y buenos; hace llover sobre justos e injustos. Su amor es para todos. Y Jesús concluye con este consejo: “Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial”». Por lo tanto, la indicación de Jesús consiste en imitar al Padre en «la perfección del amor. Él perdona a sus enemigos. Hace todo por perdonarles. Pensemos en la ternura con la que Jesús recibe a Judas en el huerto de los Olivos», cuando entre los discípulos se pensaba en la venganza.

«Jesús nos pide amar a los enemigos -insistió-. ¿Cómo se puede hacer? Jesús nos dice: rezad, rezad por vuestros enemigos». La oración hace milagros; y esto vale no sólo cuando tenemos enemigos; sino también cuando percibimos alguna antipatía, «alguna pequeña enemistad».

Es cierto: «el amor a los enemigos nos empobrece, nos hace pobres, como Jesús, quien, cuando vino, se abajó hasta hacerse pobre». Tal vez no es un «buen negocio» —agregó el Pontífice—, o al menos no lo es según la lógica del mundo. Sin embargo «es el camino que recorrió Dios, el camino que recorrió Jesús» hasta conquistarnos la gracia que nos ha hecho ricos.

19 de junio de 2013. Esos tipos de hipócritas.

Miércoles.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 21 de junio de 2013

«Intelectuales sin talento, “eticistas” sin bondad, portadores de bellezas de museo»: éstas son las categorías de «hipócritas que tanto reprende Jesús». Las indicó el Papa Francisco en la misa del 19 de junio, por la mañana, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae, deteniéndose en la hipocresía, que existe también en la Iglesia, y en el daño que produce. El Pontífice recordó que «el Señor en el Evangelio habla numerosas veces de la hipocresía» y «contra los hipócritas».

Existen «los hipócritas de la casuística: son los intelectuales de la casuística», que «no cuentan con la inteligencia de encontrar y explicar a Dios»; permanecen sólo en la «casuística: “hasta aquí se puede, hasta aquí no se puede”»; son «cristianos intelectuales sin talento». Otros, en cambio, son los de los preceptos, que llevan al pueblo de Dios por un camino sin salida —prosiguió—. Son «eticistas» sin bondad. No saben lo que es la bondad. Son «eticistas»: «se debe hacer esto, esto, esto...». «Llenan de preceptos», pero «sin bondad». Y se adornan con «mantos, con muchas cosas para aparentar ser majestuosos, perfectos»; sin embargo «no tienen sentido de la belleza. Llegan sólo a una belleza de museo».

«El Señor habla de otra clase de hipócritas, quienes se mueven en ámbito sacro». Este caso es el más grave —advirtió el Santo Padre—, porque roza el pecado contra el Espíritu Santo. «El Señor habla de ayuno, oración y limosna —dijo—: los tres pilares de la piedad cristiana, de la conversión interior que la Iglesia nos propone a todos en Cuaresma. Y en este camino están los hipócritas, que presumen al hacer ayuno, al dar limosna, al rezar. Pienso que cuando la hipocresía llega a ese punto, en la relación con Dios estamos bastante cerca del pecado contra el Espíritu Santo. Éstos no saben de belleza, no saben de amor, no saben de verdad; son pequeños, viles».

No todo está perdido. Una ayuda para emprender «el camino contrario» viene de lo que dice Pablo en su segunda carta a los Corintios (9, 6-11): «nos habla de largueza, de alegría —prosiguió el Santo Padre—. Todos hemos tenido la tentación de la hipocresía. Todos. Todos los cristianos. Pero todos tenemos también la gracia, la gracia que viene de Jesucristo, la gracia de la alegría, la gracia de la magnanimidad, de la largueza». Pues bien: si «el hipócrita no sabe lo que es la alegría, no sabe lo que es la largueza, no sabe lo que es la magnanimidad», Pablo nos indica un camino alternativo hecho precisamente «de alegría, largueza y magnanimidad».

No dudó el Papa Francisco en referirse «a la hipocresía en la Iglesia».

«¡Cuánto mal nos hace a todos!» —exclamó—. Incluso porque «todos nosotros tenemos la posibilidad de convertirnos en hipócritas». Por ello invitó a pensar

en Jesús, «que nos habla de rezar en lo secreto, perfumar la cabeza el día del ayuno y no tocar la tromba cuando hacemos una obra buena». En esto, en la oración —aseguró, citando la parábola de Jesús del Evangelio de Lucas (18, 9-14)—, «nos hará bien la imagen tan bella del publicano: “Ten piedad de mí, Señor, que soy un pecador”. Y esta es la oración que nosotros debemos hacer todos los días, con la conciencia de que somos pecadores, con pecados concretos, no teóricos».

20 de junio de 2013. Orar a Nuestro Padre.

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 26, viernes 28 de junio de 2013

No hay necesidad de emplear tantas palabras para rezar: el Señor sabe lo que queremos decirle. Lo importante es que la primera palabra de nuestra oración sea «Padre». Es el consejo de Jesús a los apóstoles. Y así lo relanzó el Papa Francisco el 20 de junio, por la mañana, durante la misa presidida en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

El Pontífice repitió las recomendaciones de Jesús cuando enseñó el Padrenuestro a los apóstoles, según el relato del evangelista Mateo (6, 7-15). Para rezar, según dijo el Papa, no hay necesidad de hacer ruido ni creer que es mejor derrochar muchas palabras. No podemos confiarnos al ruido, al alboroto de la mundanidad, que Jesús identifica con «tocar la tromba» o «hacerse ver el día de ayuno». Para rezar —repitió— no es necesario el ruido de la vanidad: Jesús dijo que esto es un comportamiento propio de los paganos. El Santo Padre fue más allá, afirmando que la oración no se ha de considerar como una fórmula mágica: «La oración no es algo mágico; no se hace magia con la oración»; «esto es pagano».

Entonces, ¿cómo se debe orar? Jesús nos lo enseñó: «Dice que el Padre que está en el Cielo “sabe lo que necesitáis, antes incluso de que se lo pidáis”». Por lo tanto, la primera palabra debe ser «Padre». Esta es la clave de la oración. Sin decir, sin sentir, esta palabra no se puede rezar», explicó el Obispo de Roma. Y se preguntó: «¿A quién rezo? ¿Al Dios omnipotente? Está demasiado lejos. Esto yo no lo siento, Jesús tampoco lo sentía. ¿A quién rezo? ¿Al Dios cósmico? Un poco común en estos días, ¿no? Rezar al Dios cósmico. Esta modalidad politeísta llega con una cultura superficial». Es necesario, en cambio, «orar al Padre», a Aquél que nos ha generado. Pero no sólo: es necesario rezar al Padre «nuestro», es decir, no al Padre de un «todos» genérico o demasiado anónimo, sino a Aquél «que te ha generado, que te ha dado la vida, a ti, a mí», como persona individual, explicó el Pontífice. Es el Padre «que te acompaña en tu camino», quien «conoce toda tu vida, toda». Para profundizar en el sentido de la palabra «Padre», el Pontífice volvió a proponer la actitud confiada con la que Isaac —«este muchacho de veintidós años no era un tonto», subrayó— se dirige a su padre cuando se da cuenta de que no estaba el cordero para sacrificar y sospecha que él mismo era la víctima sacrificial: «Debía hacer la pregunta, y la Biblia nos dice que dijo: “Padre, falta el cordero”. Pero se fio de quien estaba a junto a él. Era su padre. Su preocupación: “¿tal vez soy la oveja?”, la arrojó en el corazón de su padre». Es lo que sucede también en la parábola del hijo que despilfarra la herencia «pero luego regresa a casa y dice: «Padre, he pecado». Es la clave de toda oración: sentirse amados por un padre»; y nosotros tenemos «un Padre,

muy cercano, que nos abraza» y a quien podemos confiarle todas nuestras preocupaciones porque «Él sabe lo que necesitamos».

Pero, ¿es «un padre solamente mío?» —se preguntó una vez más el Pontífice—. Y respondió: «No, es el Padre nuestro, porque yo no soy hijo único. Ninguno de nosotros lo es. Y si no puedo ser hermano, difícilmente puedo llegar a ser hijo de este Padre, porque es un Padre, con certeza, mío, pero también de los demás, de mis hermanos». Por ello —observó— se deduce que «si yo no estoy en paz con mis hermanos, no puedo decirle Padre a Él. Y así se explica lo que dice inmediatamente Jesús, después de enseñarnos el Padrenuestro: “Si vosotros perdonáis las culpas a los demás, vuestro Padre que está en los cielos os perdonará también a vosotros; pero si vosotros no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas».

21 de junio de 2013. Un corazón en búsqueda del verdadero tesoro.
Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 26, viernes 28 de junio de 2013

El 21 de junio el Pontífice centró su reflexión partiendo, en especial, del pasaje del evangelio de Mateo (6, 19-23) e identificando un «hilo conductor» entre los términos «tesoro, corazón y luz», y deseando que «el Señor nos cambie el corazón para buscar el verdadero tesoro y llegar a ser así personas luminosas y no de las tinieblas».

Lo primero que se debe hacer —explicó el Santo Padre— es preguntarse: «¿Cuál es mi tesoro?». Ciertamente no pueden serlo las riquezas, dado que el Señor dice: «No acumuléis para vosotros tesoros en la tierra, porque al final se pierden». La respuesta es sencilla: «Puedes llevar lo que has dado, sólo eso. Pero lo que has guardado para ti, no se puede llevar». «Ese tesoro que hemos dado a los demás» durante la vida lo llevaremos con nosotros después de la muerte, «y ese será "nuestro mérito"»; o mejor —puntualizó—, «el mérito de Jesucristo en nosotros». Además, porque es la única cosa «que el Señor nos permite llevar».

Pero Jesús —destacó el Santo Padre— da un paso adelante y agrega: «Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón». Es necesario considerar que «el Señor nos hizo para buscarle, para encontrarle, para crecer. Pero si nuestro tesoro no está cerca del Señor, no viene del Señor, nuestro corazón se inquieta».

La última parte de la reflexión de Jesús remite a la expresión: «la lámpara del cuerpo es el ojo», o sea «el ojo es la intención del corazón». En consecuencia, para el Pontífice, «si tu ojo es sencillo, si viene de un corazón que ama, de un corazón que busca al Señor, de un corazón humilde, todo tu cuerpo será luminoso. Pero si tu ojo es malo, todo tu cuerpo será tenebroso».

Al respecto, el Santo Padre señaló la importancia de preguntarse cómo es nuestro juicio sobre las cosas: «¿Luminoso o tenebroso? ¿Somos personas de luz o de tinieblas? Lo importante es cómo juzgamos las cosas: ¿con la luz que viene del verdadero tesoro a nuestro corazón? ¿O con las tinieblas de un corazón de piedra?».

22 de junio de 2013. Los pilares de la salvación cristiana.

Sábado.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 26, viernes 28 de junio de 2013

Las riquezas y las preocupaciones del mundo nos hacen olvidadizos del pasado, confusos en el presente, inciertos sobre el futuro. Es decir, hacen perder de vista los tres pilares sobre los cuales se funda la historia de la salvación cristiana: un Padre que nos eligió en el pasado, nos hizo una promesa para el futuro y a quien hemos dado una respuesta estableciendo con Él, en el presente, una alianza. Este es el sentido de la reflexión que propuso el Papa Francisco el 22 de junio.

Su homilía tomó pie del relato del evangelio de Mateo (6, 24-34), que habla de las recomendaciones de Jesús a los discípulos, «cuando dice: “Nadie puede servir a dos señores. Porque despreciará a uno y amará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero”. Luego continúa: “No estéis agobiados por vuestra vida, por lo que vais a comer o beber”». «Nos ayuda a comprender esto —dijo el Pontífice— el capítulo 13 de san Mateo, que relata la explicación de Jesús a los discípulos respecto a la parábola del sembrador. Dice que la semilla que cayó en tierra con espinas se ahogó. Pero, ¿quién la ahoga? Jesús dice: “las riquezas y las preocupaciones del mundo”».

Para quien tiene estos apegos «la riqueza es un ídolo. No tiene necesidad de un pasado, de una promesa, de una elección, de futuro, de nada. Aquello de lo que se preocupa es de lo que puede suceder». Pero ciertamente no le orienta hacia una promesa y por ello permanece confundido, solo. «Por ello Jesús nos dice: “O Dios o la riqueza, o el reino de Dios y su justicia o las preocupaciones”. Sencillamente nos invita a caminar por la senda de ese don tan grande que nos dio: ser sus elegidos. Con el bautismo somos elegidos en el amor», afirmó el Pontífice.

24 de junio de 2013. **Siguiendo el ejemplo de san Juan, voz de la Palabra.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 26, viernes 28 de junio de 2013

Una Iglesia inspirada en la figura de Juan el Bautista: que «existe para proclamar, para ser voz de una palabra, de su esposo que es la palabra» y «para proclamar esta palabra hasta el martirio» a manos «de los más soberbios de la tierra». Es la línea que trazó el Santo Padre en la misa del 24, fiesta litúrgica del nacimiento del santo a quien la Iglesia venera como «el hombre más grande nacido de mujer».

La reflexión del Papa se centró en el citado paralelismo, porque «la Iglesia tiene algo de Juan», si bien —alertó enseguida— es difícil delinear su figura. «Jesús dice que es el hombre más grande que haya nacido». He aquí entonces la invitación a preguntarse quién es verdaderamente Juan, dejando la palabra al protagonista mismo. Él, en efecto, cuando «los escribas, los fariseos, van a pedirle que explique mejor quién era», responde claramente: «Yo no soy el Mesías. Yo soy una voz, una voz en el desierto». En consecuencia, lo primero que se comprende es que «el desierto» son sus interlocutores; gente con «un corazón sin nada». Mientras que él es «la voz, una voz sin palabra, porque la palabra no es él, es otro. Él es quien habla, pero no dice; es quien predica acerca de otro que vendrá después». En todo esto —explicó el Papa— está «el misterio de Juan» que «nunca se adueña de la palabra; la palabra es otro. Y Juan es quien indica, quien enseña», utilizando los términos «detrás de mí... yo no soy quien vosotros pensáis; viene uno después de mí a quien yo no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias». Por lo tanto, «la palabra no está», está en cambio «una voz que indica a otro». Todo el sentido de su vida «está en indicar a otro».

Prosiguiendo su homilía, el Papa Francisco puso de relieve que la Iglesia elige para la fiesta de san Juan «los días más largos del año; los días que tienen más luz, porque en las tinieblas de aquel tiempo Juan era el hombre de la luz: no de una luz propia, sino de una luz reflejada. Como una luna. Y cuando Jesús comenzó a predicar», la luz de Juan empezó a disiparse, «a disminuir, a desvanecerse». Él mismo lo dice con claridad al hablar de su propia misión: «Es necesario que Él crezca y yo mengüe».

«Voz, no palabra; luz, pero no propia, Juan parece ser nadie», sintetizó el Pontífice. He aquí desvelada «la vocación» del Bautista —afirmó—:

«Rebajarse. Cuando contemplamos la vida de este hombre tan grande, tan poderoso —todos creían que era el Mesías—, cuando contemplamos cómo esta vida se rebaja hasta la oscuridad de una cárcel, contemplamos un misterio» enorme. En efecto —prosiguió— «nosotros no sabemos cómo fueron» sus últimos días. Se sabe sólo que fue asesinado y que su cabeza acabó «sobre

una bandeja como gran regalo de una bailarina a una adúltera. Creo que no se puede descender más, rebajarse». Sin embargo, sabemos lo que sucedió antes, durante el tiempo que pasó en la cárcel: conocemos «las dudas, la angustia que tenía»; hasta el punto de llamar a sus discípulos y mandarles «a que hicieran la pregunta a la palabra: ¿eres tú o debemos esperar a otro?». Porque no se le ahorró ni siquiera «la oscuridad, el dolor en su vida»: ¿mi vida tiene un sentido o me he equivocado?

En definitiva —dijo el Papa—, el Bautista podía presumir, sentirse importante, pero no lo hizo: él «sólo indicaba, se sentía voz y no palabra». Este es, según el Papa Francisco, «el secreto de Juan». Él «no quiso ser un ideólogo». Fue un «hombre que se negó a sí mismo, para que la palabra» creciera. He aquí entonces la actualidad de su enseñanza, subrayó el Santo Padre: «Nosotros como Iglesia podemos pedir hoy la gracia de no llegar a ser una Iglesia ideologizada», para ser en cambio «sólo la *Dei Verbum religiose audiens et fidenter proclamans*», dijo citando el íncipit de la constitución conciliar sobre la divina revelación. Una «Iglesia que escucha religiosamente la palabra de Jesús y la proclama con valentía»; una «Iglesia sin ideologías, sin vida propia»; una «Iglesia que es *mysterium lunae*, que tiene luz procedente de su esposo» y que debe disminuir la propia luz para que resplandezca la luz de Cristo. «El modelo que nos ofrece hoy Juan» —insistió el Papa Francisco— es el de «una Iglesia siempre al servicio de la Palabra»; «una Iglesia-voz que indica la palabra, hasta el martirio».

26 de junio de 2013. La alegría de la paternidad pastoral.

Miércoles.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 26, viernes 28 de junio de 2013

La gracia de la paternidad. Fue el tema en el que se centró el Papa Francisco en su homilía del 26 de junio. Destacando que «todos nosotros, para ser maduros, debemos sentir la alegría de la paternidad». Un tema —añadió a continuación— que es válido también en el caso del celibato sacerdotal, porque «paternidad es dar vida a los demás»: para los sacerdotes será, por lo tanto, «la paternidad pastoral, la paternidad espiritual», que es siempre y de todas formas «dar vida, convertirse en padres».

El Papa Bergoglio hizo referencia a las lecturas del día, deteniéndose sobre todo en la primera, del libro del Génesis (15, 1-12.17-18), que habla de la alianza de Abrahán con el Señor. Nuestro padre en la fe —explicó— «sentía que el Señor le quería mucho, que le había prometido muchas cosas, pero sentía la necesidad de un hijo»; percibía dentro de sí «ese grito propio de la naturaleza: yo quiero tener un hijo». Entonces —recordó el Pontífice— habló con el Señor de su «deseo de convertirse en padre». Porque «cuando un hombre no tiene este deseo» hay algo que falta en él, «algo no funciona». La paternidad de Abrahán se ve de nuevo en otro episodio: el momento «muy bello en el que prepara el sacrificio: toma los animales, los divide, pero llegan las aves rapaces. Y a mí me conmueve verdaderamente —reconoció el Papa— ver a este hombre de noventa años con el bastón en la mano que defiende el sacrificio, que defiende lo que es suyo». Se trata de una imagen que el Papa Francisco asocia a la de «un padre cuando defiende a la familia», de «un padre que sabe» qué significa «defender a los hijos». Y ello —prosiguió— «es una gracia que nosotros sacerdotes debemos pedir: la gracia de la paternidad pastoral, de la paternidad espiritual».

27 de junio de 2013. Cristianos de acción y de verdad.

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 28, viernes 12 de julio de 2013

Hay necesidad de «cristianos de acción y de verdad» cuya vida esté «fundada sobre la roca de Jesús», y no de «cristianos de palabras», superficiales como los gnósticos o rígidos como los pelagianos. Lo dijo el Papa Francisco, en la misa celebrada el jueves 27 de junio, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

El Papa, inspirándose en el evangelio del día (*Mt 7, 21-29*), dijo que «el Señor nos habla de nuestro fundamento, el fundamento de nuestra vida cristiana», y nos dice que este «fundamento es la roca». Esto significa que «debemos construir la casa», o sea nuestra vida, sobre la roca que es Cristo. Él es la única roca «que puede darnos seguridad».

A partir de esta enseñanza, el Papa Francisco identificó «en la historia de la Iglesia dos clases de cristianos»: los primeros, de quienes hay que tener cuidado, son los «cristianos de palabras», los que se limitan a repetir: «Señor, Señor»; los segundos, los auténticos, son «cristianos de acción, de verdad». Al respecto destacó que desde siempre existe «la tentación de vivir nuestro cristianismo fuera de la roca que es Cristo: el único que nos da la libertad para decir «Padre» a Dios; el único que nos sostiene en los momentos difíciles». E hizo una doble exhortación a pedir «al Señor la gracia de no transformarnos en "cristianos de palabras"», para poder, en cambio, «ir adelante en la vida como cristianos firmes sobre la roca que es Jesucristo y con la libertad que nos da el Espíritu Santo». Una gracia que se ha de pedir «de modo especial a la Virgen. Ella —concluyó— sabe lo que significa estar fundados en la roca».

28 de junio de 2013. **La paciencia de Dios.**

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 28, viernes 12 de julio de 2013

No existe «un protocolo de la acción de Dios en nuestra vida», pero podemos estar seguros de que, tarde o temprano, interviene «a su modo». Por ello no podemos dejarnos llevar por la impaciencia o por el escepticismo, porque cuando nos desanimamos y «decidimos bajar de la cruz, lo hacemos siempre cinco minutos antes de la revelación». Saber aceptar y reconocer los tiempos de Dios fue la invitación del Papa durante la misa que celebró el viernes 28 de junio en la capilla de la Domus Sanctae Mathae.

Dios camina siempre con nosotros «y esto es seguro», dijo el Pontífice. «Desde el primer momento de la creación —explicó— el Señor se involucró con nosotros. Nos creó a su imagen y semejanza». El Señor está cerca de su pueblo, muy cerca, Él mismo lo dice: ¿Qué nación tiene un Dios tan cercano como vosotros?».

«Esta cercanía del Señor —afirmó el Papa— es un signo de su amor. La vida es un camino que Él ha querido recorrer junto a nosotros». Pero, precisó, «cuando el Señor viene, no siempre lo hace de la misma manera. No existe un protocolo de la acción de Dios en nuestra vida. Una vez lo hace de una manera, y en otra ocasión lo hace distinto. Pero lo hace siempre». «El Señor toma su tiempo —continuó el Pontífice—, pero también, en esta relación con nosotros, tiene mucha paciencia. Nos espera hasta el final de la vida, como al buen ladrón que al final reconoció a Dios».

«En la vida, algunas veces, las cosas llegan a ser muy oscuras —explicó el Papa—. Y sentimos ganas, si estamos en dificultad, de bajar de la cruz. Y éste es el momento preciso: la noche es más oscura cuando el alba se acerca. Siempre cuando bajamos de la cruz, lo hacemos cinco minutos antes de que venga la revelación. Es el momento de la impaciencia más grande». Aquí nos ayuda la enseñanza de Jesús que «en la cruz sentía que lo desafiábamos: "¡baja!, ¡ven!"». Se requiere «paciencia hasta el final, porque Él tiene paciencia con nosotros».

Julio 2013.

1 de julio de 2013. **Oración valiente.**

2 de julio de 2013. **Valientes en la debilidad.**

3 de julio de 2013. **Tocar las llagas de Jesús.**

4 de julio de 2013. **La libertad de los hijos de Dios.**

5 de julio de 2013. **Misericordia, fiesta y memoria.**

6 de julio de 2013. **Renovación sin temores.**

1 de julio de 2013. Oración valiente.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 28, viernes 12 de julio de 2013

Si se quiere obtener algo de Dios, es necesario tener el valor de «negociar» con Él a través de una oración insistente y convencida. El Papa Francisco volvió de esta manera a hablar de la valentía que debe sostener la oración dirigida al Padre, con «toda la familiaridad posible». Y puso como ejemplo la oración de Abrahán, su modo de hablar con Dios justo como si se encontrara negociando con otro hombre. Ésta fue la invitación del Pontífice el lunes 1 de julio, por la mañana, durante la misa celebrada en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

El episodio al que hizo referencia se narra en el libro del Génesis (18, 16-33), es la valiente intercesión de Abrahán para evitar la muerte de los justos en la destrucción de Sodoma y Gomorra. Abrahán se dirige a Dios como haría con cualquier hombre y sitúa el problema insistiendo: «¿Y si fueran cincuenta inocentes? ¿Si fueran cuarenta... treinta... veinte... diez?».

Abrahán se dirige al Señor para preguntarle «qué hará con esa ciudad pecadora. Abrahán siente la fuerza de hablar cara a cara con el Señor y busca defender la ciudad. Es insistente».

«Abrahán —puntualizó el Papa Francisco— es valiente y ora con valor». Se trata de «ir al Señor con valor para pedirle cosas». Abrahán insiste y «de cincuenta logró bajar el precio a 10», y «No dice “pero pobrecitos, serán quemados... sino perdonadles”. ¿Tú quieres hacer eso? Tú que eres tan bueno, ¿quieres hacer lo mismo al culpable que al inocente? Tú no puedes hacer eso». Toma los argumentos, las motivaciones del corazón mismo de Dios. Convencer al Señor con las virtudes del Señor».

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 28, viernes 12 de julio de 2013

La tentación, la curiosidad, el miedo y por último la gracia. Cuatro situaciones que se pueden verificar en la dificultad. De ello habló el Papa en la misa del martes 2 de julio, por la mañana, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae. El Santo Padre inició su homilía destacando la singularidad de la liturgia del día, que hace pensar en ciertas situaciones «conflictivas», difíciles de afrontar. Reflexionar en ellas, precisó, «nos hará bien».

La primera actitud: la lentitud con la que Lot responde a la invitación del ángel que le pide apresurarse a dejar la ciudad antes de que sea destruida. Así, se refirió al episodio de la destrucción de Sodoma y Gomorra y de la salvación que Abrahán obtuvo para Lot y su familia.

Estaba muy decidido, pero cuando llega el momento de huir «va despacio, no se apresura». Lot «quería marcharse, pero despacio», incluso cuando el ángel le dice que huya. La actitud de Lot, según el Pontífice, representa «la incapacidad de apartarse del pecado. Queremos salir, estamos decididos; pero hay algo que nos tira hacia atrás». En efecto, «es muy difícil cortar con una situación pecaminosa». Pero «la voz de Dios nos dice: "huye"». Se trata, precisó el Pontífice, de «huir para ir adelante en el camino de Jesús».

La segunda actitud. «El ángel —recordó el Papa— dice que no se mire atrás: "huye y no mires atrás, sigue adelante". También esto es un consejo para superar la nostalgia del pecado». Un consejo recurrente en la Palabra de Dios. El Santo Padre mencionó la huida del pueblo de Dios en el desierto. Un pueblo que, tras huir, continuaba teniendo nostalgia «de las cebollas de Egipto», olvidando que esas cebollas las comían «en la mesa de la esclavitud». Ante el pecado es necesario huir sin nostalgia y recordar que «la curiosidad no sirve, hace mal». Huir y no mirar atrás porque «somos débiles todos y debemos defendernos».

La tercera actitud: el miedo. La referencia es el episodio de la barca en la que estaban los apóstoles y que improvisamente es embestida por la tempestad (*Mt 8, 23-27*). «La barca estaba cubierta por las olas —recordó el Pontífice—. "¡Sálvanos Señor que perecemos!", dicen ellos. El miedo, también ésta, es una tentación del demonio. Tener miedo de ir adelante por el camino del Señor». «Jesús muchas veces lo dijo: "no tengáis miedo". El miedo no nos ayuda», dijo el Papa.

La cuarta actitud: la gracia del Espíritu Santo, que se manifiesta «cuando Jesús hace volver la calma sobre el mar. Y todos quedan llenos de estupor». Por lo tanto, ante el pecado, la nostalgia y el miedo —destacó el Pontífice— es necesario «mirar al Señor, contemplar al Señor». Concluyó exhortando: «No seamos ingenuos ni cristianos tibios: seamos audaces, valientes. Sí, somos

débiles pero debemos ser valientes en nuestra debilidad».

3 de julio de 2013. *Tocar las llagas de Jesús.*

Miércoles.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 28, viernes 12 de julio de 2013

Es necesario salir de nosotros mismos e ir por el camino del hombre para descubrir que las llagas de Jesús son todavía hoy visibles en el cuerpo de los hermanos que tienen hambre, sed, que están desnudos, humillados, esclavizados, que se encuentran en la cárcel y en el hospital. Tocando estas llagas, acariciándolas, es posible «adorar al Dios vivo en medio de nosotros». La celebración de la fiesta de santo Tomás apóstol ofreció al Papa Francisco la ocasión de volver al concepto que le es de especial interés: poner las manos en la carne de Jesús. El gesto de Tomás que mete el dedo en las llagas de Jesús resucitado fue el tema central de la homilía de la misa del miércoles 3 de julio, por la mañana, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

El Santo Padre mencionó las actitudes de los discípulos «cuando Jesús, después de la resurrección, se dejó ver»: algunos estaban felices, otros dudosos. Tomás se mostró incrédulo. «El Señor —dijo el Papa— sabe cuándo y por qué hace las cosas. A cada uno da el tiempo que Él cree más oportuno». A Tomás le concedió ocho días. «¡Era un testarudo! Pero el Señor —comentó— quiso precisamente a un testarudo para hacernos entender algo más grande. Tomás, al ver al Señor, no dijo: "Es verdad, el Señor resucitó". No. Fue más allá, y dijo: "Señor mío y Dios mío". Es el primero de los discípulos en confesar la divinidad de Cristo tras la resurrección».

De esta confesión —explicó el Obispo de Roma— se comprende cuál era la intención del Señor respecto a Tomás: partiendo de su incredulidad le llevó a afirmar su divinidad. «Y Tomás —dijo el Papa— adora al Hijo de Dios. Pero para adorar, para encontrar a Dios, al Hijo de Dios, tuvo que meter el dedo en las llagas, meter la mano en el costado. Este es el camino». Y se preguntó: «¿Cómo puedo hoy encontrar las llagas de Jesús? Yo no las puedo ver como las vio Tomás. Las llagas de Jesús las encuentro haciendo obras de misericordia. Esas son las llagas de Jesús hoy».

No es suficiente —añadió el Papa— constituir «una fundación para ayudar a todos», sería sólo un comportamiento filantrópico. En cambio —dijo— «debemos tocar las llagas de Jesús, debemos acariciar las llagas de Jesús. Debemos sanar las llagas de Jesús con ternura». «Lo que Jesús nos pide hacer con nuestras obras de misericordia —concluyó el Pontífice— es lo que Tomás había pedido: entrar en las llagas».

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 28, viernes 12 de julio de 2013

Si existiera un «documento de identidad» para los cristianos, ciertamente la libertad sería un rasgo característico. La libertad de los hijos de Dios —explicó el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada el jueves 4 de julio, por la mañana, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae— es el fruto de la reconciliación con el Padre obrada por Jesús, quien asumió sobre sí los pecados de todos los hombres y redimió el mundo con su muerte en la cruz. Nadie —destacó el Pontífice— nos puede privar de esta identidad.

La reflexión del Santo Padre se basó en el pasaje del Evangelio de Mateo (9, 1-8) que narra el milagro de la curación del parálítico. El Papa se detuvo en los sentimientos experimentados por el hombre inválido cuando, transportado en una camilla, escuchó a Jesús que le decía: «ánimo hijo, tus pecados te son perdonados».

Los que estaban cerca de Jesús y escucharon sus palabras «dijeron: "Éste blasfemia, sólo Dios puede perdonar los pecados". Y Jesús para hacerles comprender bien les preguntó: "¿Qué es más fácil perdonar los pecados o curar? Y lo curó».

«Pero Jesús —prosiguió el Obispo de Roma— cuando curaba a un enfermo no era sólo alguien que curaba. Cuando enseñaba a la gente, pensemos en las Bienaventuranzas, no era sólo un catequista, un predicador de moral... No, estas cosas que hacía Jesús —la curación, la enseñanza— eran sólo un signo, un signo de algo más que Jesús estaba haciendo: perdonar los pecados».

Reconciliar el mundo en Cristo en nombre del Padre: «ésta es la misión de Jesús», y todo lo demás son sólo signos del «milagro más profundo que es la re-creación del mundo». La reconciliación es, por lo tanto, la re-creación del mundo; y la misión más profunda de Jesús es la redención de todos nosotros, pecadores. Y «Jesús —agregó el Papa— no hace esto con palabras, no lo hace con gestos... ¡No! Lo hace con su carne». Él tomó sobre sí todo el pecado.

«Esta es la nueva creación», es «Jesús que desciende de la gloria y se abaja hasta la muerte y muerte de cruz. Esa es su gloria y esta es nuestra salvación».

«Este es el gran milagro de Jesús —agregó el Papa—. A nosotros, esclavos del pecado, nos hizo libres», nos curó. «Nos hará bien pensar en esto —añadió—. Jesús nos abrió las puertas de casa, nosotros ahora estamos en casa. Ahora se comprende esta palabra de Jesús: "ánimo hijo, tus pecados están perdonados". Esa es la raíz de nuestra valentía: soy libre, soy hijo, el Padre me ama y yo amo al Padre. Pidamos al Señor la gracia de comprender bien esta obra suya».

5 de julio de 2013. Misericordia, fiesta y memoria.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 28, viernes 12 de julio de 2013

Dejarse mirar por la misericordia de Jesús; hacer fiesta con Él; mantener viva la «memoria» del momento en el que hemos encontrado la salvación en nuestra vida. Es ésta la triple invitación que surgió de la reflexión del Papa Francisco durante la misa celebrada el viernes 5 de julio, por la mañana, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

En la homilía el Papa comentó el pasaje del Evangelio de Mateo (9, 9-13) donde el autor habla de la propia conversión: el recaudador de impuestos que Jesús llama a formar parte de los Doce.

El Papa recordó la imagen de Jesús que pasa entre «aquellos que recibían el dinero de los impuestos y luego lo llevaban a los romanos». Éstos —evidenció— eran considerados hombres poco recomendables, y entre ellos estaba Mateo, «el hombre sentado al mostrador de los impuestos». Jesús lo mira y esa mirada le hace probar interiormente «algo nuevo, algo que no conocía».

La «mirada de Jesús», explicó el Santo Padre, le hizo sentir «un estupor» interior; le hizo percibir «la invitación de Jesús: sígueme». Y en aquel mismo instante Mateo «se llenó de alegría», «le bastó sólo un momento» para comprender que aquella mirada le había cambiado la vida para siempre. Es el momento de la misericordia recibida y aceptada: voy contigo». En este caso —puntualizó el Papa— no se trata de «un momento»; se trata de un «tiempo», que se prolonga «hasta el final de la vida».

Y el Pontífice se preguntó: «¿de qué hay que hacer memoria?». Justamente «de aquellos hechos, de aquel encuentro con Jesús que me cambió la vida, que tuvo misericordia, que fue muy bueno conmigo —fue su respuesta— y me dijo también: invita a tus amigos pecadores, para que hagamos fiesta». En efecto, la memoria de esa misericordia y de esa fiesta «da fuerza a Mateo y a todos» aquellos que han decidido seguir a Cristo «para seguir adelante». Esto es necesario recordarlo siempre, añadió el Papa, como cuando se sopla sobre las brasas para mantener el fuego vivo.

6 de julio de 2013. **Renovación sin temores.**

Sábado.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 28, viernes 12 de julio de 2013

Una invitación a dejarse renovar por el Espíritu Santo, a no tener miedo de lo nuevo, a no temer la renovación en la vida de la Iglesia, fue lo que expresó el Papa Francisco en la misa del sábado 6 de julio, por la mañana, en la Domus Sanctae Marthae, la última, antes de la pausa estival.

Comentando el evangelio del día (*Mt 9, 14-17*) el Pontífice destacó el espíritu innovador que animaba a Jesús. «Por ejemplo —destacó—, Jesús decía: “la ley permite odiar al enemigo; pero yo te digo que recéis por el enemigo, no odiéis”». El hecho es que «la doctrina de la ley se enriquece y se renueva con Jesús». Por lo demás es «Jesús mismo quien dice: “yo hago nuevas todas las cosas”. Como si su vocación fuese la de renovar todo. Y esto es el Reino de Dios que Jesús predica. Es una renovación, una renovación auténtica. Y esta renovación está ante todo en nuestro corazón».

A quien piensa que la vida cristiana consista sólo en una serie de cumplimientos, el Papa Francisco recordó que «ser cristiano significa dejarse renovar por Jesús en una nueva vida». Ser cristiano significa dejarse renovar por el Espíritu Santo, convertirse en vino nuevo.

En la vida cristiana, y también en la vida de la Iglesia, existen estructuras caducas. Es necesario renovarlas. Es un trabajo «que la Iglesia siempre ha hecho, desde el primer momento». La Iglesia —agregó— siempre ha ido adelante de este modo, dejando que el Espíritu Santo sea quien renueve las estructuras.

Quien lleva adelante estas novedades —prosiguió el Papa— es desde siempre el Espíritu Santo. Por ello, el Pontífice recordó el día de Pentecostés, subrayando la presencia de María junto a los apóstoles. Concluyendo la homilía el Obispo de Roma hizo una invitación: pedir «la gracia de no tener miedo de la novedad del Evangelio, de no tener miedo de la renovación que realiza el Espíritu Santo, de no tener miedo a dejar caer las estructuras caducas que nos aprisionan. Y si tenemos miedo sabemos que con nosotros está la madre».

Ella, como dice la más antigua antífona, “protege con su manto, con su protección de Madre”».